Ramon
Franquelo

Herodes

HERODES.

HERODES.

Drama en seis cuadros

de

D. RAMON FRANQUELO.



MÁLAGA.

Imprenta del Correo de Andalucia.

1862.

Á LA MEMORIA

del virtuoso anciano

D. NARCISO FRANQUELO Y SOLERO,

como recuerdo indeleble de respeto y cariño

de su hijo

Ramon.

HISTORIA DE ESTE DRAMA.

El 29 de Octubre,—dia de San Narciso,—el inteligente pintor escenógrafo D. Manuel Montesinos, me manifestó su vehemente deseo de que escribiera una obra dramática, á PROPÓSITO de la fiesta de Navidad, para ponerla en escena, con el mayor aparato posible, en el teatro del Príncipe Alfonso la noche del 24 de Diciembre.

Faltaban 56 dias! y en ellos debia hacerse todo; desde el título de la obra hasta el último objeto del espectáculo. Vacilé ante lo inmenso del esfuerzo; pero se me hacia la peticion en dia tan señalado para mí y por persona tan digna y recomendable, que acepté al fin.

Consulté algunas producciones escénicas basadas en el mismo asunto; hojeé varios libros, y el dia 12 de Noviembre habia ya formado el plan de la obra.

A los 18 dias de comenzada tuve la suerte de escribir el último verso.

No alego como mérito ni como escusa de sus defectos la brevedad del tiempo; al público no le interesa la precipitacion con que se trabaja; lo que no quiere es encontrar faltas, y ¡ojalá mi HERODES no las tuviera!...

Mi intencion, al hacer esta historia, es manifestar de una vez para siempre que no tengo pretensiones con este drama; que no queriendo hacer unos COLOQUIOS, se encontrarán en él, sin embargo, algunos episodios de estos y reminiscencias tal vez de otras comedias consagradas al propio asunto, porque lo que se funda en unos mismos hechos y en una tradicion misma, por fuerza ha de tener parecido: conste, no obstante, que si he imitado no he querido imitar, y que deseando solo delinear la INMORTAL figura de Herodes I, de ese hombre DE PASIONES Y TORMENTAS Y DE INSTINTO DE TIGRE, QUE ENMEDIO DE SUS ACTOS DE VIOLENCIA ESPERIMENTABA LA NECESIDAD DE SER AMADO, como dice Orsini, me he atenido con preferencia á la HISTORIA DE MARIA, MADRE DE DIOS, escrita por este abate, con una vasta riqueza de eruditas notas que han servido admirablemente á mi propósito.

Tal vez con mas tiempo hubiera escrito una obra mas meditada, aunque quizá con el mismo resultado:

tal vez mas corregida, porque sale á luz como la engendró la idea; pero sean motivo de indulgencia al menos el deseo de complacer á un artista muy distinguido y á una empresa consecuente y emprendedora; la franqueza con que juzgo mi drama, y el ferviente deseo de trabajo que me anima siempre en favor de las letras y de las artes.

Málaga 30 de Noviembre de 1862.

Ramon Franquelo.

Voz fué oida en Ramá, lloro y mucho lamento: Rachél llorando sus hijos, y no quiso ser consolada, porque no son.

(JEREMIAS.—Citado en el Evangelio de San Matheo, cap. II, vers. 18.)

Herodes extrangero, invadió el Reino, violó el sacerdocio, confundió el órden, cambió las costumbres, despreció los ancianos, inficionó á los jóvenes, trastornó las tribus, abolió los distintivos, corrompió los linages y arrancó hasta los fundamentos de toda disciplina divina y humana.

(SAN PEDRO CRISÓLOGO.)

Para invocar el nombre de Dios se emplean en este drama, además del ya dicho, los hebreos de Jehováh, Jelión, Adonái y Ehyéh.

Tambien se citan monedas de aquella época como el as, sestercio, talento etc.

Siempre que se dice derecha é izquierda, entiéndase la del actor.

ACTORES que representaron este drama por primera vez en el teatro del **PRINCIPE ALFONSO** de Málaga en el mes de Diciembre de 1862.

PERSONAS.	ACTORES.
RAQUEL.	D.ª Rita Revilla.
REBECA.	D.ª Luisa Morilla.
HERODES,—el Grande. . . .	D. Francisco de P.ª Gomez.
ALEJAS, su hermano político y favorito.	D. Sebastian Vechio.
HEMOR, gefe de la guardia de Herodes.	D. Francisco Constán.
GASPAR,—60 años,—mago y astrólogo de la Mesopotamia.	D. José Navarro.
BALTASAR,—40 años,—id. id. de la Arabia feliz. . . .	D. Manuel Herreros.
MELCHOR,—20 años,—id. id. de Persia.	D. Federico Guerrero.
UN OFICIAL—del acompañamiento de los magos. .	D. Rafael Ovalla.
ISAC, pastor.	D. José R. Capilla.
JACOB, id.	D. José Castro.
JUSEPE, id.	D. José Maria Gomez.
MARIA.	D.ª Concepcion Rodriguez.
ESTHER.	D.ª Antonia Segura.
SOBÉ.	D.ª Eloisa Rico.
MUGER 1.ª.	D.ª Clara Navarro.
MUGER 2.ª.	D.ª Francisca Gomez.
UN ANGEL.	D. Adolfo Porro.

Adan, Eva, Noé, Patriarcas, Profetas, mugeres, niños, ángeles, centuriones, doctores, israelitas, romanos, etiopes, tracios, germanos, esclavos y pastores de ambos sexos, ninfas, levitas, persas, árabes, pueblo etc.

—

NOTA.—Gaspar, venerable anciano de blanco y largo cabello, barba prolija; viste amarillo, sobre-todo nacarado y calzado violeta,—sandalias:—capucha blanca ceñida ála cabeza, con corona encima.

Baltasar, barba cerrada, color cobrizo (nò negro); viste de rojo, con adornos blancos, calzado amarillo de sandalias, turbante pequeño de varios colores, con corona id.

Melchor viste túnica azul, sobre-todo de color de miel, calzado azul,—sandalias,—matizado en blanco; capucha de dos colores ceñida, con corona id.

Los tres ciñen magníficos cinturones y BAZUBENDS ó brazaletes por encima del codo, llenos de piedras preciosas.

CUADRO PRIMERO.

Valle de la Torre de Eder en las cercanías y al norte de Bethlen: forma en el fondo dos colinas á derecha é izquierda, de modo que el centro es una cañada donde se vé un arroyo de agua helada, cuya cinta baja á perderse entre bastidores: en lo alto de la colina derecha una torre corpórea de la época, medio destruida, y en ambas, árboles, cepas, arbustos diversos, todo despojado de sus hojas y cubierto de nieve: enmedio de la colina de la izquierda una planicie circular al lado de la cual hay una palma, cuyas ramas caen sobre la planicie: colgadas del árbol varias pieles y al lado un cobertizo pequeño de ramas, como para guarecerse de la intemperie: la parte primera del escenario forma una gran esplanada con árboles, tambien deshojados y cubiertos de nieve, así como el terreno y tejado de una cabaña rústica que avanza fuera á la izquierdà un tanto proporcional, con ventana y puerta practicables: arriba y abajo y formando grupos en distintos puntos carneros y ovejas entrelazados y durmiendo: es de noche.

ESCENA I.

Antes de levantarse el telon habrá comenzado por la orquesta un nocturno, obligado de tamboril y flauta, el cual continúa breve tiempo despues de levantado el telon.

Detrás de la torre y asomando la cabeza, se vén á ALEJAS, HEMOR, y un soldado romano, sin armas, como en observacion. JACOB, envuelto en pieles está recostado en la planicie de la colina y durmiendo; tiene á su lado el cayado, morral y demás atavíos de un guarda de rebaño: la cabaña cerrada.

ALEJAS. ¿Duerme el pastor?
HEMOR. Tal parece.
ALEJAS. ¿Y la choza?

HEMOR. No distingo...

ALEJAS. Está cerrada?

HEMOR. A lo menos
la puerta, sí.

ALEJAS. Pues preciso
es bajar.

HEMOR. Lo que me ordenes.

ALEJAS. Descendamos con sigilo
sin despertar á Jacob:
no te muevas de este sitio (al romano.)
ojo siempre á la vereda,
á la llanura, al camino;
y si oyes pasos; si alguno
se acerca, me dás aviso.
Vamos, Hemor.

(El soldado queda tras de la torre: ambos bajan con cautela, mirando siempre á JACOB, el cual sin embargo, no váría de posicion.)

ALEJAS. (Abajo.) La ventana
cerrada tambien, tranquilo
el hogar: no nos conviene
mover gente ni ruido:
llama quedo, pide albergue,
que su pecho es compasivo;
si sale hablaré con ella,
pero en tanto me retiro,
á fin de que no me oiga
pues aquí soy conocido...
Quedo, Hemor, y que no demos
de quienes somos, indicio.

(ALEJAS se aparta á la derecha entre bastidores: HEMOR llega á la puerta, dá un pequeño golpe con la mano, el cual repite por segunda vez, diciendo á poco:)

HEMOR. Há del hogar! (Con voz un poco ahogada.)

RAQUEL. (Dentro.) ¡Quién demanda?

HEMOR. Estrangeros.

RAQUEL. Bien venidos.
¿De qué tierra?

HEMÓR. De Samaria.

ESCENA II.

RAQUEL.—HEMOR.—JACOB.—ROMANO.

RAQUEL. (A la ventana.) De lejos vienen.
HEMOR. Preciso
es cuando lo manda Augusto
ser obediente á su edicto.
RAQUEL. ¿Y qué pretende?
HEMOR. Descanso
un momento.
RAQUEL. Concedido.
Y además le daré lumbre
que arrecia esta noche el frio.
(Cierra la ventana: ALEJAS entra precipitadamente aunque de puntillas y dice á HEMOR:)

ESCENA III.

ALEJAS.—HEMOR.—JACOB.—ROMANO.

ALEJAS. Déjame el puesto y aléjate:
dá vuelta por el camino,
y tomando la vereda
sube á la torre y al mismo
lugar donde está el romano:
y esperadme, que confio
reducir á esta villana
tras tanto inútil ahinco.
Y si esta noche no lógro
rendirla á Herodes invicto,
mañana con tus soldados
la llevo á Betzetha y...
HEMOR. Fijo.
Nadie como el mismo rey
podrá domeñar su brio.
ALEJAS. Sobre todo, gran cuidado

si ves venir al marido.
¿Vístele bien?

HEMOR. En las calles
de Betlhen.

ALEJAS. Pues ojo listo...
Déjame.
(HEMOR desaparece, y á mitad de la escena siguiente se le vé llegar por detrás de la torre y unirse al soldado.)

ESCENA IV.

RAQUEL.—ALEJAS.—JACOB.—ROMANO.

RAQUEL. (Saliendo con una luz que coloca en una rinconera que hay junto á la puerta.)
Pasa adelante.
(Al verlo con un grito ahogado.)
Alejas!!

ALEJAS. Raquel!

RAQUEL. Qué trama!...
tú no eres el que ha pedido
albergue: ¿porqué te hallas
en este sitio? no era
esa tu voz!

ALEJAS. ¡Qué te estraña
Raquel; por cumplir de Herodes
las ánsias multiplicadas,
acudo á todos los medios:
he de venir á tu casa,
he de buscarte en el valle,
en el pueblo, en la montaña;
si con el sol no te encuentro
en las tinieblas me manda:
y si á mi voz no respondes,
sinó escuchas mi palabra,
he de hacer que te hable otro;
que con su acento te atraiga,
y que al fin dócil te rindas

del rey al amor sin tasa.
No te niegues por mas tiempo,
que es capaz, si en ira raya,
hasta de rasgar su púrpura
y venir á tu cabaña
y conducirte á la fuerza
á su palacio entre lanzas.

RAQUEL. No hará tal: que bien pudiera
ser víctima de esa hazaña:
quizá falta un leve empuje;
quizá una accion sola falta,
para que una tribu fuerte
de los árabes que guardan
en el desierto su encono,
sobre sus águilas caiga,
y á nombre de Jehováh, tome
de sus perfidias venganza.

ALEJAS. Raquel, no olvides, que soy
hermano del rey.

RAQUEL. Bien hablas,
señor, mas tambien no olvides
que soy hebrea y casada.

ALEJAS. En tierra estás de Judá
y aquí todas son esclavas.

RAQUEL. Esclavas de los esposos
que solo en nosotras mandan:
yo al mio le dí mis votos,
no el de Nedér, que rescata
la ofrenda, sí el de Cherém
que obliga el cuerpo y el alma.

ALEJAS. Y apesar de eso, tu esposo
por la cosa mas liviana
puede repudiarte.

RAQUEL. Bueno.

ALEJAS. Si cueces mal la vianda:
si de él murmuras...

RAQUEL. Y bien.
Pues si eso es así, compara:
si por causa tan pequeña
tiene el hombre buena causa
para repudiarnos, dime,

¿qué será por otra falta?
¿Consintieras tú en tu esposa
lunar que te mancillára?
¿Olvidas en tu delirio
de Salomon las palabras?
«El que conserva á la adúltera
al lado y no la rechaza,
pecando contra la ley
quiere cubrirse de infamia.»
Márchate, Alejas.

ALEJAS. En vano
á la tradicion te abrazas;
al rey tributo es debido
y donde está el rey no hay mancha.
Él te dará tal grandeza
que otras iguales no haya
en Persia ni en Palestina.

RAQUEL. Me sobra con mi cabaña.

ALEJAS. Tus ropas serán en telas
y en valor, las mas preciadas:
cien redecillas de perlas;
cintos de oro y esmeraldas;
y en arcos de pedrería
y diamantes las tiaras.

RAQUEL. Bástanme, señor, el dote
que Isac me trajo á mi casa,
mi ceñidor y mi túnica,
y mi paz y fé del alma:
no he menester brazaletes,
ni púrpuras ni otras galas,
ni cadenillas de oro
taraceadas de plata:
con mi humildad y mi honra
vá mi vanidad mas alta.

ALEJAS. En la vida de tu hijo
brillarán las esperanzas;
nodrizas tendrá que cuiden
de su cuna y su lactancia.

RAQUEL. No hay mugeres en Judea
que dén sus hijos á estrañas
manos; ¡mal haya la madre

que se dispensa esta sácra
obligacion de su vida!
esta ley de sus entrañas!
Raquel no imita á Rebeca
ni á Mifiboseth.

ALEJAS. Esclavas
tendrás que te aromen toda,
que acudan á tu palabra,
para que en dulce molicie
pases la vida en tu estancia.

RAQUEL. En vano, señor, te esfuerzas:
jamás me plugo la holganza;
y cuando la esposa é hijas
de Augusto Cesar trabajan
en su palacio de Roma
lo mismo que sus vasallas,
no debemos ser mas que ellas
nosotras sus tributarias.

ALEJAS. ¿Con que no te ciega el lujo,
la riqueza?

RAQUEL. Pompa vana.
Ganado con honra, todo:
comprado por honra, nada:
El sol ocultó de horror
su lumbre brillante y clara
cuando el pecado de Eva,
y en memoria de esta falta
el sábado las hebreas
encendemos una lámpara...
dile, pues, al rey Herodes,
que á Raquel no se le pasa,
jamás encender la suya,
y que mientras viva y arda
mal puede querer pecado
quien aquel así rechaza...
Mugeres hay en Sebaste,
en Babilonia y Arabia,
de real linage, que acudan
á complacer su demanda;
vé, pues, y deja tranquilas
en su choza á las villanas.

ALEJAS. Para el rey no hay mas estirpe
que la hermosura: sus ánsias
como las de Salomon
con la belleza se ecsaltan:
pobre labradora era
Sulamites y se casa
con el hijo de David:
y humilde tambien Mariana
subió al trono de Judea
por su belleza estremada.

RAQUEL. Bien, Alejas, no prosigas
que no hay aquí semejanza
entre ambos casos: tenia
Salomon, cuando eso hablas
apenas treinta y dos años,
en que el amor avasalla
aun; pero Herodes tiene
cincuenta y nueve, y no calma;
ambas doncellas, propicias;
yo resistente y casada.
Soy de Isac, y pues no puedo
faltar á la fé del alma,
márchate Alejas, y cuenta
no venga, pues ya se tarda;
no le demos pesadumbre
que sospecha tu demanda.

ALEJAS. Pero, inútil todo?

RAQUEL. Todo.

ALEJAS. Nada hay que te ablande?

RAQUEL. Nada.

ALEJAS. Ni la esperanza?

RAQUEL. Tampoco.

ALEJAS. ¿Ni los diamantes ni el ámbar,
ni la púrpura de Tiro?

RAQUEL. Vete ya, Alejas, y acaba.

ALEJAS. Oh! provocas, pajarillo,
el bravo poder del águila;
pues no vivas en descuido;
que el rey Herodes te ama
y has de ser suya de grado
ó por fuerza; si hoy rechazas

por última vez su oferta,
apercíbete mañana
que han de venir veinte tracios
y han de llevarte entre lanzas.

RAQUEL. Merced me hará, que á lo menos
así ya no me compára
con el simple corderillo
que en el templo vida ecsala;
si en él se emplean diez y ocho
sacrificadores, gana
mi valor, mandando veinte
y el sacrificio se iguala.
Que vengan, pues, cuando quieran,
que aquí Raquel les aguarda.
Pero, Alejas, entretanto
vé con Jehováh. (Le vuelve la espalda y vá á entrar en la casa, en cuya puerta se detiene.)

ALEJAS. (Amenazante y con ira reconcentrada.)
Hasta mañana.

(ALEJAS sube el monte y haciendo una señal á los suyos, desaparece con ellos: RAQUEL dudosa si entrar en la casa, sale á la escena, observa de puntillas si está JACOB en la planicie y esclama:)

RAQUEL. Oh! que Isac no los encuentre;
que por mí, mi honor me salva.

ESCENA V.

RAQUEL.—JACOB.

JACOB se incorpora lentamente, vuelve la cabeza hácia la torre y viendo que han desaparecido ALEJAS y los suyos, toma el cayado y el morral, se pone de pié y baja la colina.

RAQUEL. Jacob, dormias?
JACOB. No tal.
RAQUEL. Luego has oido?...
JACOB. Lo oí.

Bien haya muger que así
rechaza el duelo y el mal.

RAQUEL. Oh! por nuestro bien te ruego
que ocultes á Isac mi pena,
mientras el rey me condena
no turbemos su sosiego.

JACOB. Pero ¿dónde el rey te vió?

RAQUEL. Junto á su palacio un dia,
y de entonces su porfia
y su halago no cesó.
Ya un esclavo me persigue
con presentes y favores,
y red de torpes amores
á todas partes me sigue.
Con solicitud estraña
búscame en Jerusalen,
y sinó me halla, en Betlhen;
sinó, en mi propia cabaña.
Anteayer vino un germano
con alardes de violencia;
y hoy perdida la paciencia
vuelve á mandarme á su hermano.
Sé que voy á sucumbir...

JACOB. No, Raquel, no debe ser...

RAQUEL. Sucumbir... á su poder,
y ya en su poder, morir:
Pero á su amor? su deseo?
Inútil la empresa fuera,
y esto Herodes comprendiera
si fuese Herodes hebreo.

JACOB. (Meditabundo.) Viejo y á los vicios dado
y en amores aturdido!
rey tan mal entretenido
como mal aconsejado!
Así á ejemplo de sus dotes
sin leyes y sin justicia
se venden á la avaricia
los príncipes sacerdotes.
Asi el dolor les ahoga
y en sus penas infinitas
pagan los pobres Levitas

gustos de la Sinagoga.
Y al grande haciéndolo chico,
se quedan, porque les sobre,
con la miseria del pobre,
y la economía del rico!

RAQUEL. (Interrumpiéndolo.)
¿Crees tú, Jacob, que vendrán
por mi firme resistencia,
y al llevarme con violencia
mi cabaña arrasarán?

JACOB. Pues dudas tú de esas gentes?
el rey no mató á Mariana
su muger, y en lucha insana
al par mató á sus parientes?
¿Pues conoce religion
ni ley ni temor le doma?
Tiene miedo mas que á Roma?
¿Quién obtuvo su perdon?
Y dicen los Herodianos
que es el Mesías.—Lo niego!
no enciende Jelión su fuego
en instintos tan livianos.
El tiempo se cumplirá
y nacerá Aquel Mesías
que profetizó Isaias;
y ese Bien, el bien traerá...
Mas en tanto...

RAQUEL. Te apesáras,
Jacob, y doblas mi pena;
si el destino me condena
sabré morir en sus aras.

JACOB. Ya sé que tienes valor;
en la majada tendido
todo tu discurso he oido
y el gozo dábame horror:
Porque á la vez que te oia
tan altiva y tan honrada,
por el poder abrumada
tu desgracia presentía.

RAQUEL. Y qué hacer?

JACOB. Mala es la suerte.

RAQUEL. Huiremos de aquí.

JACOB. Y adonde?
Para el rey, el que se esconde
mas pronto encuentra la muerte.

RAQUEL. Pues bien......
(Aparece Isac en lo alto del monte por detrás de la torre.)
Isac! por tu vida
Que le ocultes el quebranto.

JACOB. Menester es.

RAQUEL. (Y entretanto
yo me buscaré guarida.)

ESCENA VI.

RAQUEL.—JACOB.—ISAC,—trae una cesta cubierta con hojas de palmera, y un odre egipcio que se supone lleno de vino.

RAQUEL. Oh! mi Isac!

ISAC. Qué ¿me he tardado?
Raquel mia, buen amigo.

JACOB. El cielo venga contigo
rabadán.

RAQUEL. ¿Qué me has comprado?

ISAC. (Entreabriendo las hojas de la cesta.)
Higos, dátiles y nueces,
panecillos de cebada
y un vinillo!... (Demostrando el odre.)
que ahí es nada:
lo probé cinco ó seis veces.
Y mi Abraham? ya dormido
por supuesto.

RAQUEL. Sin reproche.
Apenas viene la noche
no dá ni el menor ruido.
(Ecsaminando la cesta.)
Y hay mucha gente en Betlhen?

ISAC. Que si hay? que ya no se cabe:

en mesones no se sabe
las personas que se vén.
Y en los caminos? es cuento!
caravanas como tropas;
y vés una y luego topas
con un ciento y otro ciento.
Camellos, blancas pollinas
y caballos soberanos;
grupos de niños y ancianos,
y mugeres peregrinas.
Dichoso empadronamiento!
bien puede decir Augusto,
que ha puesto, por darse gusto,
el imperio en movimiento.
No hay en Betlhen ni una casa,
ni una choza ni un recinto,
que no sea un laberinto
de gente y bulla sin tasa.
Árabes, negros, hebreos,
nazarenos, mercaderes,
ancianos, niños, mugeres,
esclavos y fariseos.
Y todos en confusion,
apuntándose los tienes
con sus personas y bienes
en el revuelto padron.
Pero he visto cierta escena
que al corazon me ha llegado;
estoy aquí y ha pasado
y aun me acongoja la pena.

RAQUEL. Qué, Isac?

JACOB. Alguna de Herodes.
Algunas de sus maldades
ó sus muchas liviandades.

ISAC. No es eso; no te incomodes.
Oidme:—Espiraba el dia
cuando á Betlhen me acercaba,
viendo la gente que entraba
ó de la ciudad salia.
Pero fijéme en verdad,
absorto quizá ó pasmado,

en el gran meson cuadrado
que hay fuera de la ciudad.
Y oigo una voz alterada
que decia.—«Pues es poco!
no hay una celda tampoco
siquiera desocupada.»
Llamóme esto la atencion
y me acerqué y ví afligidas
dos personas detenidas
en la puerta del meson.
Tras largo y triste viage,
cuando pensaban hallar
término ya á su pesar,
les negaban hospedage.
No sé porqué; pero ansiosos
mis ojos, de ellos en pos,
se fijaron en los dos
que debian ser esposos.
Ella en pollino montada,
de cuya silla pendia
una cesta ya vacía
y una vasija labrada.
Él á pié, pobre y cargado
con un saco de vestidos,
lomos con cinto ceñidos
y en piel de cabra arropado.
Ella jóven; de estatura
mediana; el cutis de oro;
ojos negros y decoro
en su brillante hermosura.
Nariz perfecta, aguileña;
de carmin el lábio puro;
sien modesta, y en su apuro,
aun en su afliccion risueña.
Él ostentando la marca
de la honradéz; rostro grave;
mirada dulce y suave;
actitud de patriarca.
Ella con bondad distinta;
él implorando clemencia:
ella sufriendo paciencia;

él anciano, y ella en cinta.
Y el mesonero Cain,
duro y... fuera! por mi nombre!...
no sé... vamos, ese hombre
no puede tener buen fin.

RAQUEL. (Se enjuga una lágrima.)
Y á donde fueron?

ISAC. No sé.
Viles ir en santa calma
tras un hogar, y mi alma
con ellos triste se fué.

RAQUEL. Isac ¿y no preguntaste
de donde eran?

ISAC. Oí
que de Nazareth.

RAQUEL. De allí?
Tan lejos! y les hablaste?

JACOB. De Nazareth! una marcha
de cinco dias! Pues digo!
y al final, sin un abrigo
contra el rigor de la escarcha!

ISAC. Aun el pesar me reboza
y contra la suerte clamo;
de no haber servido á un amo
me los traigo á nuestra choza.
Tentado estuve.

RAQUEL. ¿Y porqué
no los tragiste?

ISAC. Simpleza!
De mi humildad y pobreza,
la verdad, me avergoncé.

RAQUEL. Pobres esposos!

ISAC. En fin,
Ehyéh que por todos vela,
verás como los consuela.
Jacob, vamos al tragin.
Y Jusepe?

JACOB. Aun no ha venido.

ISAC. Mejor, el sitio mas ancho:
Raquel, dispónnos el rancho,
que es tarde.

RAQUEL. Está prevenido.
ISAC. Jacob, lleva á la majada
el odre; tú allá la cesta
y mi piel de oveja apresta.
RAQUEL. (Toma la cesta y al pasar al lado de JACOB le dice rápidamente.)
Jacob, no le digas nada.

ESCENA VII.

ISAC.—JACOB.

ISAC. ¿Separaste los carneros?
JACOB. Diez y siete sementales,
y catorce recentales.
ISAC. ¿Y están juntos los primeros?
JACOB. Para salir con el dia.
ISAC. ¿Vino alguno?
JACOB. Nadie vino.
ISAC. ¿Fué la lana á su destino?
JACOB. Tal como Raquel queria.
Muger de mayor apaño
no he visto.
ISAC. La hacienda cela
eh?
JACOB. Y mas lista!... se desvela
por su choza y el rebaño.
ISAC. Así la escojí.
JACOB. Verás
qué cena!
ISAC. En ella confio;
que tengo esta noche un frio
cual no lo sentí jamás.
JACOB. Ya es tiempo, diciembre acaba:
el veinte y cinco se cuenta
mañana viérnes, y aumenta
que este mes la nieve es brava.
(Óyese á lo lejos música pastoril que se acerca despues.)
ISAC. A ver? calla... apuesto un as

á que ya Jusepe viene.

JACOB. (Poniendo el oido.)
Tal vez: buen oido tiene
el rabadán.

ISAC. Tú lo oirás.

JACOB. Ya percibo: no hubo dolo:
fláuta, pandero, añafiles
y cantares pastoriles:
entonces no viene solo.

ISAC. Él que de festivo peca
se habrá con otros reunido...
ya se acercan... ¡mal ruido!
oigo la voz de Rebeca.

JACOB. Pues ya del sueño reniego:
el Señor me dé su amparo,
rabadán, la noche en claro;
donde ella está no hay sosiego.

JUSEPE. (Dentro.) Jacob!

REBECA. (Idem.) Raquel!

MUGERES. (Idem en confusion.) Aquí estamos.

ISAC. Vienen pocos!

JACOB. Gente moza
que con poco se alboroza.

JUSEPE. (Idem.) Ya llegamos.

REBECA. (Idem.) Ya llegamos.

ISAC. Verás que con el bullicio
de esa loca zarabanda
el ganado se desbanda.

JACOB. Pero ¿quién los mete en juicio?
Ya están aquí.

(Murmullos, broma, palmoteo al entrar todos.)

ESCENA VIII.

Dichos.—JUSEPE.—REBECA, pastores y pastoras, entre los que vienen varios niños, y á poco RAQUEL.—Aquellos traen una flauta, un rabel y los demás instrumentos que se determinan en la escena anterior.

REBECA. Entra, Jusepillo, y viva!

(Entran todas empujando á Jusepe.)

JUSEPE. Que viva doscientos años!
ISAC. Pero ¿quién ha de vivir?
quietos!
REBECA. Isac, aquí estamos
todos.
JUSEPE. Viva!
ISAC. Pero calma,
que á asustar vais el rebaño.
REBECA. Que se asuste, y si se escapa
volveremos á juntarlo.
JUSEPE. Viva la alegría! esta noche
es de brincos y de saltos.
REBECA. De música y movimiento.
ISAC. Pero qué pasa, muchachos?
REBECA. Nada, que cuando hace frio
y en el hogar no hay ni un ramo
para calentarse, deben
todos salir á los campos,
para andar, gritar, moverse
y entrar en calor.
JUSEPE. Es claro.
REBECA. (Viendo á RAQUEL que sale con una piel de oveja que dá á ISAC.)
Raquel, venimos á verte
todos juntos, mira cuántos!
te traëmos panecillos
de higos, harina y vamos
á hacer buñuelos.
RAQUEL. Me alegro.
REBECA. ¿De verdad? pues limpia el cazo;
¡viva Raquel! es mas buena
que las mieles.
JUSEPE. Mas que el asno
de Zacarías, que vuela
de buena sangre, y mas blanco
que lo blanco.
REBECA. No seas simple,
Jusepe, que no es esacto
comparar á las mugeres
con animales.
JUSEPE. Pues callo.

Pero no callo, que tengo
esta noche un ringo-rango
en las tripas, y el contento
me pilla de arriba á abajo.
Isac, Jacob, rabadana,
viva el gozo!

REBECA. Y á bailarlo.
Tocad esos instrumentos
y quien pueda luzca el garbo.

(RAQUEL en la puerta de la choza, de pié, con REBECA á su lado: á la derecha JACOB de pié tambien, apoyado en su palo: los demás se sientan todos, unos al pié de la colina, otros en el llano, otros junto al tronco de un árbol: los muchachos cantan, y una pareja de pastores baila.)

ISAC. Ea, pues, bailad, que me voy
á la majada entretanto.

(COPLA.)

MUCHACHOS. De Jerusalen me voy
que no quiero empadronarme,
pues dicen los centuriones
que á Roma van á llevarme.

Ay! madre del alma
qué susto que tengo,
que vienen soldados
y mucho les temo.

ISAC. (En la majada, donde se halla recostado bajo la palmera.)
Si Herodes oye la copla
á Roma os conduce atados.

REBECA. Mejor; iremos; con eso
tendremos novio romano.
Muchachos, siga el jaleo
y la música y el canto.

(COPLA.)

MUCHACHOS. Yo no quiero ir á Betlhen
que el campo me gusta ahora,
y me han dicho dos pastores
que si quiero ser pastora.

Ay! madre del alma
me mata el contento,
que yo de pastores
jamás tuve miedo.

JACOB. Ea, ya basta, que la noche
vá de mediada y no es caso
que la velemos.

REBECA. Pues bueno,
levantad y adentro vamos,
que Raquel nos dará lumbre
y aceite.

JUSEPE. ¿Para gazpacho?
Pues yo migo el pan.

ISAC. Jusepe
déjalas ya descansando,
que haces falta en la majada.
Siempre en bulla estos muchachos!
Jacob, arriba.—Raquel,
que suba Jusepe el rancho,
que aquí mientras prevendremos
la lumbre.

REBECA. ¡Vaya el rebaño!
por las ovejas nos dejan
plantadas.

JUSEPE. Digo, nuesamo,
¿no fuera mucho mas presto,
mas abrigado y mas sano,
venirnos á la cabaña
á cenar?

ISAC. Ya estás pensando
cómo sigues entre faldas:
yo á la costumbre no falto
ni á la tradicion; es regla

y contra regla no mando:
además que no podemos
abandonar el ganado.

REBECA. Ea, pues, muchachos adentro.

(Empiezan á entrar todos: JACOB sube á la majada con una luz que ha encendido en la que está junto á la puerta; figura que reune leña en el centro y pega fuego á una candelada.)

RAQUEL. Ven, Jusepe por el cazo
de las migas.

JUSEPE. Voy corriendo;
supongo que habrá su trago
y su puñado de nueces
encima.

RAQUEL. Si, buen puñado.

(Todos han entrado: RAQUEL observa si la miran: ISAC y JACOB están entretenidos en encender su lumbre: RAQUEL habla aparte rápidamente con REBECA.)

RAQUEL. ¿Cuándo te marchas, Rebeca?

REBECA. Con el alba.

RAQUEL. Y con tu hermano?

REBECA. Sí.

RAQUEL. Y te vas á tu cabaña
de la cisterna?

REBECA. Pues claro,
¿dónde he de ir?

RAQUEL. Bien; entonces
forma empeño,—te lo encargo,—
en que me vaya contigo
unos dias: si reparo
pone Isac, dobla el empeño
hasta que lo consigamos.

REBECA. Bueno, bueno, ¡ay qué alegria!
qué satisfaccion me has dado!

RAQUEL. Calla, y sobre todo cuida
de no decir que mi lábio
te ha dicho tal cosa: ¿entiendes?
á nadie.

REBECA. Me ha dado un salto
el corazon de contento.....

descuida que ya á mi cargo
queda.
RAQUEL. Pues entra. (Rebeca entra.)
(En su choza
quizá tendré mas resguardo,
hasta que Herodes olvide
su intento negro y liviano.)

ESCENA IX.

ISAC.—JACOB,—en la majada,—luego JUSEPE con el cazo de las migas.

ISAC. Húmeda ha puesto la escarcha
la leña; no apiñes fuego
que se apaga.
JACOB. No consiste
en la leña, es en mis dedos
que no puedo colocarla:
hace el frio unos progresos
esta noche...
ISAC. Quién le teme
Jacob! desde pequeñuelos
somos pastores, y andamos
en verano y en invierno
por el monte, y adobados
nos tiene lo mismo el trueno
que el sol de Agosto; la lluvia
que las estrellas.
JACOB. Convengo;
pero cuando pasan años
y ya vá uno siendo viejo...
ISAC. Viejo con cuarenta años!
JACOB. Ya es de la vejez comienzo!
ISAC. Jacob, que la lumbre ahogas.
JACOB. Pues hazlo tú, yo no puedo.
JUSEPE. (Saliendo de la casa.)
Qué bien huelen! con los ojos
ya me las estoy comiendo.

JACOB. Arriba, que esa es la leña
que le hace falta á este fuego.

JUSEPE. ¿Está ahí el odre?

JACOB. A mi lado.

JUSEPE. Entonces ¡quién dijo miedo!...
Ya pesa el cazo!

ISAC. Te pesa?
Pues pronto dejará el peso.

JUSEPE. (Llega á la planicie, coloca el cazo sobre unos palillos cruzados al lado del hogar y se sienta.)
Ah! já, já!

ISAC. Demos principio.
(Los tres comen alternando en el diálogo.)

JUSEPE. Sinó fuera por el fresco...
hace magnífica noche!...
la luna viene á lo lejos
alumbrando y...

ISAC. Que te ahogas,
Jusepillo.

JACOB. No comprendo
cómo se coma y se hable.

JUSEPE. Pues tú hablas.

JACOB. Pero ceso
de comer.

JUSEPE. Eso consiste
en que está el gaznate seco
y las migas tambien secas.

ISAC. Ya diste con el secreto:
cuestion de agua.

JUSEPE. De vino
querrás decir: dame un tiento.

ISAC. Siendo el mas chico de todos,
siempre has de ser el primero.
(Le dá el odre)

JUSEPE. Esta no es cuestion de edad:
es de sed. (Bebe.)

JACOB. Pues siga el ruedo.

JUSEPE. Sabe á... vino.

ISAC. Nada mas?
Venga...

JACOB. Pero á vino bueno.

(Suena una esquila como cuando un cordero está echado y se mueve.)

Oye, el manso se ha movido:
habrá lobo?

JUSEPE. Y con los perros.....

ISAC. No importa.

JUSEPE. Pues voy á ver.

ISAC. Desde ahí mismo puedes verlo.

(JUSEPE sube á lo alto de la colina, mira á un lado y otro, y por último se fija en el horizonte por la izquierda.)

JUSEPE. Jehováh me valga!

ISAC. Qué pasa?

JUSEPE. Me voy á morir de miedo!

(Baja rápidamente.)

JACOB. ¿Qué has visto?

JUSEPE. No puedo hablar!...
el mas estraño portento:
un pájaro todo blanco
tan grande como un carnero,
y echando chispas, que trae
hácia estos sitios el vuelo;
y detrás otros iguales,
aunque esos vienen mas lejos:...
ay! rabadán de mi alma
nos vá á cortar el pescuezo.

ISAC. Vamos, Jacob; á Jusepe
el vinillo le ha hecho efecto.

JUSEPE. Qué vino! sino es que vino;
es que viene.

JACOB. Calla, necio:
las aves blancas no cruzan
por la noche el elemento.

(Una luz roja empieza á alumbrar la escena.)

ISAC. ¿Que es esto? Jacob! ¿no observas?...
pues ya casi voy creyendo...
se vá iluminando el monte...

JUSEPE. Así vereis que no miento.

JACOB. Es verdad...

ISAC. Qué maravilla!...

JUSEPE. Ya llega; nos pega fuego.

ESCENA X.

ISAC.—JACOB.—JUSEPE.—EL ÁNGEL, con una antorcha encendida en la mano: entra volando por la izquierda y se posa sobre la palmera: en este momento algunos carneros y ovejas asustados, corren por la colina, hasta detenerse de nuevo.

ÁNGEL. No temais, que no he venido
con mision de pena ingrata:
en una cueva inmediata
el niño Dios ha nacido:
envuelto en pobre vestido
que son sus prendas mejores,
le encontrareis sin dolores,
porque el mundo lo celebre,
reclinado en un pesebre:
id y adoradlo, pastores.
(Al terminar el ANGEL óyese á lo léjos una música dulcísima y coro de ángeles que cantan:)

Gloria á Dios en las alturas
y paz al hombre en la tierra.

(El ANGEL sigue su vuelo en direccion á la derecha: los pastores se descubren involuntariamente, quedándose absortos poniendo el oido y mirando al cielo: cuando acaba la música dice:)

ISAC. Gloria á Dios en las alturas
y paz al hombre en la tierra!
¡Cuánto este cántico encierra
de inacabables venturas!
Dios bendice á sus criaturas
y empiezan las profecías
á cumplirse; nuevos dias
vendrán de luz y consuelo,
cuando nos anuncia el cielo
que ya ha nacido el Mesías.
(Cuatro ó cinco ángeles mas llevando tambien antorchas en la mano, atraviesan volando el teatro, en la misma direccion que el primero.)

JACOB. Mas ángeles, mas: del mundo
se ha conmovido la calma,
y hasta dentro de mi alma
siento un bienestar fecundo:
ese misterio profundo
mi pecho y mi mente humilla:
ya quiero hincar la rodilla
para adorar el portento:
vamos, Isac, al momento
á ver esa maravilla.

(El rastro de luz que dejaron los ángeles se habrá ido estinguiendo hasta oscurecerse gradualmente la escena; de modo que cuando lo indique el verso quede completamente oscuro para verificarse la transformacion.)

JUSEPE. Yo no sé lo que me pasa
ni sé si es miedo ó alegria
lo que siento: el alma mia
con luz del cielo se abrasa:
si mi memoria repasa
las grandes cosas que ha visto,
como esto, nada: ¡qué listo
se fué el mancebo volando!...
vamos, rabadán, andando:
vamos á adorar á Cristo.

ISAC. Todo quede como está.

(Levantándose todos.)

Bajemos.

JUSEPE. ¿Has observado
Isac, cómo se ha nublado?

JACOB. Oscuro se ha puesto

ISAC. Ca!
Siempre que una luz se apaga
hace mas oscuro.

(Oscuro en el teatro y escenario.)

JUSEPE. Bueno;
pero si estaba sereno
y no se vé!

ISAC. Pues no amaga
tormenta: vamos... (el mozo
tiene razon; no se vé.)

JUSEPE. Despacio bajas á fé...
ISAC. Es que me preocupa el gozo.
JUSEPE. Es que no vés la vereda
aunque la tienes trillada...
JACOB. La verdad, yo no veo nada.
ISAC. Yo no sé de qué proceda
esta oscuridad.
JUSEPE. Llegamos?...
ISAC. Sí, ¡prodigio singular!
JUSEPE. No he cesado de temblar!
JACOB. Ni yo de admirarme.
JUSEPE. Vamos...
ya vá aclarando: una nube
sin duda pasó por cima...
esta nueva luz me anima:
estrellas!... la luna sube
allí enfrente...

(Transformacion verificada: vá llenándose la escena de una luz blanca: las estrellas brillan en el cielo: toda la nieve ha desaparecido, si es posible sin que de ello se aperciban los espectadores: las cepas, árboles y demás plantas han brotado y se les vé con hermoso verdor: algunas han echado flores: el agua de la cañada baja serpenteando, hasta perderse entre bastidores: la luna se vá remontando muy lentamente por entre las dos colinas, quedando fija en el fondo hasta concluir el acto.)

Mas qué es esto?...
Jelión consigo me lleve!
Isac ¿dónde está la nieve?
ISAC. Qué dices? (Se vuelve y mira)
Oh manifiesto
prodigio!...
JACOB. Y se ha derretido
el arroyo.
ISAC. ¡Qué primores!
JUSEPE. Y mira, mira; hasta flores!...
el campo ha reverdecido.
ISAC. Pues con tantas maravillas,
cuando Dios está en el mundo,

debe, con gozo profundo,
el mundo estar de rodillas.
(Los tres doblan la rodilla un momento con respeto y solemnidad: en seguida exclama ISAC con resolucion, levantándose.)

ISAC. A buscar el niño.
JACOB. Vamos.
JUSEPE. Sí, que el deseo me apura
de contemplar su hermosura.
(Empiezan á subir la vereda, cuando se pára JUSEPE y dice.)
JUSEPE. Pero.. ¿nada le llevamos?
JACOB. Es verdad.
ISAC. Eso conviene,
mas somos tan pobres!...
JUSEPE. Toma!
¿te olvidas ya del axioma?
Cada cual dá lo que tiene.
ISAC. Pues bien, si nó ha de estar mal
yo un queso y leche le llevo.
JACOB. Yo manteca.
JUSEPE. Y yo lo... apruebo
y le llevo un recental.
ISAC. Vamos por ello.
(ISAC y JACOB entran un momento en la casa: JUSEPE se dirige á la planicie y figura desatar un cordero colocado junto á la palma.)
Son estas
cosas para la ocasion:...
con todo mi corazon
te voy á llevar á cuestas. (Baja.)

ESCENA XI.

JUSEPE con el cordero al hombro:—ISAC con un cantarillo tapado, y en una vasija de barro un queso cubierto con hojas.—JACOB con otra vasija tapada: detrás RAQUEL,—REBECA,—pastoras y niños.

REBECA. Pero ¿adónde vais?
RAQUEL. Es cierto,

¿qué ha sucedido?

JUSEPE. Una cosa!...

ISAC. Calla!

REBECA. Dí.

ISAC. Es tan prodigiosa
que á decírtela no acierto.
Mirad el campo.

RAQUEL. / REBECA. Qué asombro!

(Todos dán muestras de maravillarse.)

RAQUEL. Mas qué pasa?

ISAC. No hay porfia!
Ten, Raquel, mucha alegria!
Jacob, la vasija al hombro
y andando. (Suben por la colina derecha.)

REBECA. Pero quisiera...

JUSEPE. Es que...

ISAC. Jusepe!

JUSEPE. Un amigo...
Pues!... es... que no te lo digo
que luego eres muy parlera.
Cantad, bailad y alegria
como Isac os ha encargado.

REBECA. Si no es mas que eso, aprobado:
pues cantemos hasta el dia.

(La orquesta toca la misma música que en la escena VIII; todos se colocan en la situacion que esta marca, y cuando vá á empezar la copla cae el telon.)

FIN DEL CUADRO PRIMERO.

CUADRO SEGUNDO.

Valle frondosísimo de los tres Reyes ó de la Estrella, en las inmediaciones de Jerusalen: en primer término á la derecha una cabaña con techo de paja, y toda ella con el carácter de la época: á la izquierda dos columnas con un arco ruinoso, que figuran una antigua entrada á este valle: en el centro una gran cisterna con abrevadero, rodeado todo de arbustos: en el fondo magestuosas ruinas de un palacio, con arcadas practicables, por cuyos vanos se ven á lo lejos la montaña y las torres y murallas de Jerusalen.

ESCENA I.

RAQUEL,—sentada á la puerta de la cabaña hilando.—REBECA,—MARIA,—SOBÉ,—ESTHER,—y dos mugeres mas llenando sus cantarillos en la cisterna:—JUSEPE—al lado de RAQUEL—sentado en el suelo, figurando que habla con ella.

REBECA. (Alborotando con las mugeres.)
Yo primero, yo primero.
SOBÉ. No, no, nosotras.
REBECA. Que nó.
ESTHER. No faltaba mas; vinimos
antes de salir el sol...
MARIA. Cabal, y nunca nos dejan!
MUGER 1.ª Antes vinimos las dos.
MUGER 2.ª Lo mismo sucede siempre.
REBECA. Pues que suceda, que nó:
la cisterna es mia y... chito!
que chillais mas que un raton.

JUSEPE. (Dando con el palo en el suelo.)
Quien chilla eres tú, Rebeca,
que hablamos Raquel y yo
y no se nos oye, y tú
con ese pitido atroz
que tienes...

REBECA. Pues que me dejen
llenar mi vasija...

ESTHER. No.
(Las mugeres se codean unas á otras por llenar primero.)

MARIA. Que nó.

SOBÉ. Pero es fuerte cosa
que ella ha de llevar la voz
siempre.

ESTHER. Pues que no la lleve.

MARIA. Lo que es por mí se acabó.

TODAS. No, no.

JUSEPE. Silencio!.. berracas:
¿qué es esto? quisiera Dios
que llegára un helenita
ó veinte, con gran porcion
de camellos, á dar agua
y os echára!

REBECA. Qué primor!...
que venga.

JUSEPE. Pues haya órden...
—Sigamos:—brillante sol
todo la cueva alumbraba:
los ángeles del Señor
cantaban unos cantares
como nunca los oí yo:
la criatura en el pesebre
que era mirarla un dolor,
pero ¡si vieras qué niño!
pasmado, perdí la voz
al verlo tan imponente
y hermoso: Isac se quedó
como aquel que vé visiones;
embelesado; y Jacob
temblando todo de gozo

el primero se postró.

RAQUEL. ¿Y no quisísteis llevarnos?

JUSEPE. (Con petulancia.) Eran cosas de varon
no de hembras, esta visita:
(Algunas mugeres empiezan á alejarse en diferentes direcciones.)
Y desde que Eva pecó
no se cuenta para nada
con mugeres.

REBECA. (Dejando la cisterna y acercándose.)
Eh! simplon
no sabes lo que te dices.

JUSEPE. Estás aquí ya? Mejor: (Levantándose.)
Pues me voy á la majada,
que Isac es muy regañon
y cuando uno se descuida
se le avinagra la voz.
¿quieres algo, rabadana?

RAQUEL. Que digas á mi pastor
que volveré á la cabaña
cuando quiera.

JUSEPE. Ya es razon;
que hace dias está solo
y tenemos él y yo
que hacer el rancho, y estamos
mas tristones!....

REBECA. Otra coz:
está Raquel en tu choza,
y dices que es ocasion
que se vaya: eres mas simple
que una retama.

JUSEPE. Y tú? ¡oh!..
(haciéndole burla.)
si yo soy simple ¡qué importa!
á bien que tu eres doctor
de la ley: en lo que he dicho
ya conoce mi intencion
Raquel, y que no la ofendo.

RAQUEL. Si, Jusepe, se acabó: (Levantándose.)
vé y que me traigas noticias
de Isac.

JUSEPE. Al ponerse el sol,
sino vuelvo como suelo,
vendrá con ellas Jacob.
Quedad en paz, y cuidado
con la choza.
RAQUEL. Vé con Dios.

ESCENA II.

RAQUEL.—REBECA.

RAQUEL. Siempre riñes á tu hermano.
REBECA. Es que peca de inocente
y no sabe lo que dice.
RAQUEL. Pero estar muy dura sueles
con él.
REBECA. Y á pesar de todo
le quiero bien; pero tiene
unas simplezas!..
RAQUEL. No importa,
sé con él mas indulgente.
REBECA. Siempre buena y cariñosa,
de la paz amiga siempre:
pero, Raquel, estás triste:
grave y ceñuda la frente,
has perdido hace algun tiempo
aquel carácter alegre:
¿no estás contenta en mi casa?
por tu propio gusto vienes,
y ni los cuentos te animan,
ni los cantos te divierten
ni tradiciones te gustan
ni músicas dan deleite
á tu corazon; absorta
ó con ideas crueles
pasas la vida en silencio
como el que pesares tiene:
habla, Raquel, y si puedo
yo aliviarte...

RAQUEL. ¿Otra vez vuelves
con tu creencia, Rebeca?
mi corazon nada siente:
nada perturba mi vida:
soy dichosa cuanto pueden,
con tanta alarma contínua,
serlo en Judá las mugeres.
Pero... asómate á la senda...
siento pasos... ¿llega gente?

REBECA. Si, dos señores soldados, (Mirando.)
que por el traje parecen
de los que mandan.

RAQUEL. Entonces
me escondo.

REBECA. Justo! son gefes.
Vendrán con el mismo tema:
para que el padron se llene...
¿Te fuiste ya? Pues te sigo
porque sola no me encuentren.

ESCENA III.

ALEJAS.—HEMOR, por la izquierda.

HEMOR. Este es el valle, y aquí
vendrá el rey dentro de poco
á aguardar los estrangeros
que han llegado. ¡Cuánto asombro
demostró Herodes tu hermano,
al saber que sin rebozo
en donde quieran que paran
preguntan á unos y otros
por el rey recien-nacido!
Sañudo poniendo el rostro
preguntóme:—¿Un nuevo rey?
pues ¿quién soy yo?—Por el trono
de Judá que he de buscarlos,
y puesto que son astrólogos,
me han de decir de ese niño

el pasado y el horóscopo.
ALEJAS. Son astrólogos y reyes
del Oriente, y traen en torno
numerosa comitiva,
y aun dicen cargas de oro:
vienen haciendo camino
de dromedarios en lomos
y esclavos guardan su sueño
y en tiendas hallan reposo.
menester es, pues, que Herodes
averigüe bien y pronto
quiénes son, y á qué se meten
por su reino sin estorbo.
HEMOR. No se descuida tu hermano,
señor, que al anuncio solo
de sus preguntas, sabiendo
que volvian el recodo
de Anathot, y que por fuerza,
por un camino ó por otro,
han de llegar á este valle,
se apresta á venir ansioso
aqui mismo á recibirlos,
y á enterarse de ese modo
del objeto que les trae
desde pueblos tan remótos.
ALEJAS. (Pensativo.)
Con que preguntan?...
HEMOR. No guardan
en sus preguntas rebozo:
—«Dónde está el recien-nacido
rey de los judios.»
ALEJAS. Absorto
quedo al par. No tiene Herodes
hijos en la cuna: ¿cómo,
pues, dar con el niño rey
que buscan?... Hemor: ¿tú propio
has hablado con mi hermano?
HEMOR. Yo mismo.
ALEJAS. Y vendrá?
HEMOR. Es forzoso.
ALEJAS. Con guardias?

HEMOR. Así lo creo.
ALEJAS. Pues el punto es apropósito.
Con ellos en las ruinas
te escondes, y yo avizoro;
y si observo que hay ardid
en sus respuestas, ó noto
que vienen contra mi hermano,
te doy un aviso, y prontos
en reyes y comitiva
haceis el mayor destrozo.
HEMOR. Señor ¿en reyes?
ALEJAS. Lo mismo.
Herodes antes que todo.
Entremos en las ruinas
á ver el sitio mas cómodo
donde puedas colocarte.
HEMOR. Señor, me parece modo
mejor, aguardar que el rey
dé señales de su enojo
si las dá, para atrevernos
á paso tan peligroso.
ALEJAS. Vamos, Hemor, y á tu idea
veremos si me acomodo.
(Entran en las ruinas.)

ESCENA IV.

JACOB,—por la derecha.

JACOB. (Observando.)
Estos dos hombres... yo creo...
sinó me engañan mis ojos
son los mismos que á la choza
de Raquel... no me equivoco...
¿habrán venido á buscarla?
¿la habrán visto?.. mas si logro
sin que la vean llevármela...
(Llega á las ruinas y observa.)
están allá en lo mas hondo;

pues no perdamos instante:
mejor fin cuanto mas pronto.
(Se acerca á la choza llamando, pero sin dejar de mirar á las ruinas: á media voz.)
Raquel! Raquel!

ESCENA V.

RAQUEL.—JACOB.

RAQUEL. ¿Quién me llama?
Jacob!
JACOB. ¿Has hablado ahora
con alguien?
RAQUEL. No.
JACOB. Ni has salido?..
ni has visto?..
RAQUEL. Me alarmas toda:
qué pasa?
JACOB. Que en este sitio
en asechanza traidora
sin duda, se hallaban juntos,
á dos pasos de esta choza
y ahora mismo, esos sicarios
que atentan contra tu honra.
RAQUEL. Y se fueron?
JACOB. En las ruinas
han entrado, y quizá tornan
muy pronto.
RAQUEL. Pero volvieron
á mi cabaña?
JACOB. A la otra
tarde y á Isac preguntaron
por tí.
RAQUEL. A Isac?
JACOB. Funesta hora!
que está el pastor desde entonces
con la mente cavilosa
y enfermo.

RAQUEL. Jacob, pues llévame
al valle de Eder; no importa
que allí me encuentren de nuevo;
si vuelven, valor me sobra
para resistir; si llevan
fuerza que á la mia se oponga,
lucharé; mas sino puedo
vencer, si mi fuerza es corta,
muriendo allí habré cumplido
el deber de buena esposa:
junto á Isac.—Así tranquilo
verá que guardo su honra.
Vine aquí porque perdieran
indicios de mi persona,
y pues ya me han descubierto
y mi fin no se me logra,
Jacob, volvamos al valle,
á mi rebaño y mi choza.

JACOB. Oh! sí, que hasta las ovejas
que tu voz no oyen ahora
vagan en torno á la torre
solitarias, silenciosas,
y en el eco del valido
hasta parece que lloran.

RAQUEL. Pues vamos.
(Oyense por la izquierda algunos instrumentos de guerra:)
Qué es eso?

JACOB. Creo...
(Asomándose.)
A lo lejos viene tropa.

ESCENA VI.

Los mismos,—REBECA.

REBECA. Habeis oido?... ¿Quién viene?
Jacob! tú por este valle?
(Asomándose.)

Ay! cuánto soldado!... tracios,
germanos, un estandarte...
esclavos y centuriones...
¿donde irán?... ven á asomarte
Raquel...

RAQUEL. (Á Jacob.) Ahora no conviene...
esperaremos que pasen.

REBECA. Ya se acercan... es el rey!..
el rey!..

RAQUEL. Pues voy á ocultarme.
Jacob, oh! cuando huyo de él...
habrá sabido?...

JACOB. Al instante
guarécete y no preguntes;
yo me quedo aquí á observarle.

(Entra RAQUEL.—JACOB se coloca junto á la puerta de la choza.)

REBECA. Ven, Raquel; mira qué lujo!
ya viene... (Baja.) Herodes el Grande!!
y no es grande... ¿pero donde
está Raquel? (Vá á entrar.)

JACOB. (Deteniéndola.) No le placen
las bullas ni los soldados.

REBECA. Ay! que tonta! pues no hay parte
donde las mas de las hembras
no se mueran por un sable.
Yo voy á quedarme aquí
y á verlos pasar, ¡qué diantre!
Herodes está viudo,
y aunque con daga ó pesares
mata á las mugeres, ¡phé!
al fin una ha de largarse
de esta vida!... y luego reina!
no es nada! y cuando se sabe
que se desvive todito
por las villanas...

JACOB. Que calles
será mejor, que ya siento
que van á entrar.

REBECA. Pues que pasen.

ESCENA VII.

Músicos, centuriones, tracios, germanos,—HERODES,—esclavos con una litera lujosísima: un soldado con el estandarte verde de Judá,—REBECA.—JACOB,—ALEJAS,—y—HEMOR,—que salen precipitadamente de las ruinas.

ALEJAS. El rey! salgamos, Hemor,
á recibirle.

HEMOR. Ya llega,
y como siempre desplega
su riqueza y esplendor.
(Los soldados se colocan en el fondo: enmedio el estandarte: músicos á la derecha: esclavos á la izquierda con la litera.)

HERODES. Alejas, aun no han venido?

ALEJAS. Señor, aun no.

HERODES. Pues estemos
en su espera, que así habremos
como quien somos cumplido.

ALEJAS. Jerusalen?..

HERODES. Los hebreos
con esta nueva se agitan,
y preguntan y se irritan
contra mí los fariseos.
Menester es indagar
si por otro lado fueron.

ALEJAS. Afirman los que los vieron
que por aquí han de pasar.

HERODES. Gente allí? Tened cautela.
Quienes son?

ALEJAS. Una villana
y un pastor.

HERODES. Pregunta.

ALEJAS. Vana
es, señor, si aquí recela
tu prudencia.

HERODES. No te importe.
El cuidado ha de ser mio:

de un átomo desconfio
en está revuelta corte.
Pregunta.

ALEJAS. (Acercándose.) Quiere, pastora,
tu nombre saber el rey.

REBECA. De su persona y su ley
una humilde servidora.
Rebeca.

ALEJAS. Y este pastor?...

REBECA. Un amigo... vino há poco...

ALEJAS. (Observándolo.)
(Es Jacob! no me equivoco!...)
Vives aquí?...

JACOB. No señor.

ALEJAS. Pues tú sola?...

REBECA. Con mi hermano.

ALEJAS. En donde está? ¿Te acompaña?

REBECA. Está siempre en la cabaña
de Eder.

ALEJAS. (Comprendo el arcano.
Jacob aquí...) Y no hay contigo
nadie en tu choza?...
(Con intencion y mirándola.)

JACOB. (Interrumpiéndole.) No increpe,
señor, su hermano Jusepe...

REBECA. (Con viveza.)
Y ahora una amiga hay conmigo
tambien.

ALEJAS. (Raquel!)

JACOB. (Oh! mal haya!)
(Qué has dicho..?.) (Á Rebeca.)

REBECA. (Qué?) (Turbada.) ....No señor.

ALEJAS. Que salga.

REBECA. Dije un error...

ALEJAS. Que salga á decirle vaya.

ESCENA VIII.

Todos, menos REBECA.

(REBECA ha dudado un momento antes de entrar: ALEJAS sube al fondo donde está HERODES y le dice con júbilo:)

ALEJAS. Señor, hallamos la estrella
que se ocultó; ya era hora:
hay adentro una pastora
y me parece que es ella.
(JACOB mira con desconfianza á todas partes y por último entra en la choza.)
HERODES. Raquel?
ALEJAS. Sí.
HERODES. La quiero hablar.
ALEJAS. Esperad... si fuese alguna
otra... vá á salir...
HERODES. Fortuna
te acompañe en este azar.
Acércate y si es Raquel
prevénla.
ALEJAS. Mi fé se inmola...
es ella...

ESCENA IX.

Dichos,—RAQUEL,—aparece en la puerta hablando con REBECA y JACOB—que se deja ver del público permaneciendo en la puerta.

RAQUEL. Dejadme sola:
no importa que hable con él.
ALEJAS. Inútil siempre será,
Raquel, toda tu cautela
que el perfume se revela
en donde quiera que está.
No creyéndote segura

en tu cabaña, has huido,
y ocultándote, has traido
al rey su mejor ventura.
RAQUEL. Ventura?
ALEJAS. Y prueba á agradarle
que dichas ó males labra.
RAQUEL. Si hay agrado en su palabra
con él sabré contestarle.
ALEJAS. No desdeñes la ocasion
que es de bondad manifiesta.
RAQUEL. Si él á bondades se apresta
buena será mi razon.
ALEJAS. Y vé que en esta visita
á honrar tu persona viene.
RAQUEL. Quien honra en su vida tiene
ni aun del rey la necesita.
HERODES. (Que se ha ido acercando.)
Altiva está la villana.
RAQUEL. Señor!
HERODES. Bien.
RAQUEL. Si lo examinas...
HERODES. Aguardadme en las ruinas:
fuera todos.
RAQUEL. (Lucha insana!)
HERODES. Alejas, tú con Hemor
espera tambien allí.
Y tú ¿qué quieres ahí?
Deja esa puerta, pastor.

ESCENA X.

RAQUEL.—HERODES.

HERODES. Si hay una vez en la vida
Raquel, en que dice el hombre
la verdad, yo, por mi nombre,
la voy á decir cumplida.
Escucha, ¿quieres saber
por qué con ciego desvelo

en mi soledad anhelo
el amor de una muger?
Porque todos me abandonan:
porque en luchas desiguales
los mismos que ayer leales
hoy de contrarios blasonan.
En vano por bien pensado
dí muerte á los Macabeos;
á su vez los fariseos
la guerra me han declarado.
Y los esenios al par
imitándoles la idea
en tierra de Galilea
odio se han puesto á sembrar.
Todos al mal decididos
la existencia me envenenan:
los persigo, y se me llenan
los caminos de bandidos.
Cada dia hallo un ejemplo
que avergüence mi decoro:
ni aun el águila de oro
han respetado del templo.
En vano á atajarlos voy
dando mi apoyo á las artes:
el odio por todas partes
crece mas cuanto mas doy.
No hay ruin que no se desmande,
y en este revuelto empeño,
todos me juzgan pequeño
cuando me llaman el grande.
Así con tales reproches,
gérmen de mis agonías,
se van menguando mis dias
y haciendo lentas mis noches.
Que en mis dolores prolijos
buscando personas fieles,
hasta enemigos crueles
he hallado en mis propios hijos.
Por eso en mi padecer
no viendo afecto seguro
en hombre alguno, procuro

el amor de una muger.

RAQUEL. Pero es posible, señor,
que si la fé se acrisola
no te haya dado una sola
puro y síncero su amor?

HERODES. Siempre tras él, he tenido
nueve esposas, y ninguna
acertó á darme fortuna
en ese bien preferido.
En vano el deseo creyó
ser el móvil mi persona:
el brillo de la corona
á todas las deslumbró.
Una ruda y otra altiva;
esta á ligerezas dada,
aquella en córtes viciada,
una fácil, otra esquiva.
Por eso en esta ocasion
búscola limpia y sin tilde,
por mas pobre ó mas humilde
que sea su condicion.

RAQUEL. Tuvístela ya y fué vana
la ansiedad de tu deseo.

HERODES. Que la tuve?

RAQUEL. Segun creo,
hija segunda Mariana
fué de un sacrificador.

HERODES. Y no me fué agradecida:
por eso en esta partida
la quiero mas inferior.

RAQUEL. Pues bien, búscala.

HERODES. Y tú eres
la que anhelo.

RAQUEL. No me avengo
á creer...

HERODES. Qué?

RAQUEL. Porque no tengo
las circustancias que quieres.

HERODES. Cómo no?

RAQUEL. Porque en tu afan
buscas humilde favor...

HERODES. Y bien?...
RAQUEL. (Altiva.) Y yo soy, señor
de la raza de Abrahán.
Raza de muy luengos años,
de altas y limpias empresas,
en que, cual yo, hasta princesas
apacentaron rebaños.
Y pues lo cierto es así,
tu querella terminó
conmigo, señor, pues yo
no soy buena para tí.
HERODES. De todos modos te quiero.
RAQUEL. Además, estoy casada.
HERODES. Y con honradez probada.
Hé aquí porqué te prefiero.
RAQUEL. No adivino... si mi honra
en tan alta estima tienes,
entonces ¿como es que vienes
á ofrecerme mi deshonra?
HERODES. No, Raquel, quiero que seas
mi esposa.
RAQUEL. Y cómo ha de ser?
señor, no pueden tener
dos esposos las hebreas.
HERODES. Pues á muy poco que estudie
tu reflecion...
RAQUEL. No comprendo...
HERODES. Nada mas fácil: haciendo
que tu esposo te repudie.
RAQUEL. (Rechazándole.)
Señor!... señor, y despues?
cuando ya tuya me llame
¿no tendrás muger infame?
HERODES. Yo sabré que no lo es.
RAQUEL. Imposible!... á otras acude:
mugeres hay en Judea...
HERODES. Yo no quiero que lo sea
otra que tú.
RAQUEL. (Dios me ayude.)
HERODES. Y basta ya de razones:
ó vas por consentimiento

á palacio, ó al momento
te llevarán centuriones.

RAQUEL. (Y es verdad! Cómo he hacer?...)
con calma, señor, medita
que el rey que se precipita...

HERODES, ¿Quién me podrá contener?

RAQUEL. ¿Y harás, señor, por tu mal,
que el bien de tus esperanzas
vaya, cual reo, entre lanzas
al tálamo conyugal?...

HERODES. Pues llévete á mi palacio
tu alvedrio.

RAQUEL. (No hay mas medio...)
(Medita un momento.)
(Con resolución.) Iré.

HERODES. Cuando?

RAQUEL. Sin remedio,
mañana.

HERODES. Piensa despacio
que no debes engañarme...

RAQUEL. Si sabes que soy honrada,
la honrada no falta á nada:
puedes, señor, esperarme.

HERODES. Pues vete libre á tu hogar
que mis desvelos te dejan,
mientras cuidados me aquejan
en este mismo lugar.
Y hasta rendirme á tu ley
mi corazon queda yermo.
(HERODES se vá lentamente y volviendo la cara entra en las ruinas: RAQUEL que ha quedado pensativa se pasa con rapidéz la mano por la frente y esclama con resolucion:)

RAQUEL. Oh! ahora á ver á mi enfermo,
y mañana á ver al rey.

ESCENA XI.

Queda la escena un momento sola: á poco aparece por la derecha la estrella de los magos que debe ser de mayor tamaño que las demás y con un foco luminosísimo: detiénese en el centro, vacila, y poco á poco se vá menguando hasta estinguirse completamente en las alturas de la izquierda: trémolo por la orquesta desde su aparicion hasta su estincion.—Suenan trompetas por la derecha y á poco aparece un OFICIAL que dá sus órdenes volviéndose al mismo lado, en que se supone están los tres reyes con su acompañamiento de persas, árabes, etiopes, y esclavos que tienen los dromedarios en que hacen el viage los magos, y los camellos que traen las cargas: en las escenas siguientes se deberá ir practicando todo á medida que lo indique el diálogo.

OFICIAL. Descargad ahí los camellos
y tened los dromedarios:
etiopes que busquen leña
para encender tres ó cuatro
hogueras que modifiquen
el rigor del frio insano;
persas y árabes que cuiden
las cargas, y los esclavos
que en este valle armen tiendas
para los tres soberanos.
(Entran inmediatamente los esclavos, arman las tiendas y en seguida aparecen los reyes, con todo su acompañamiento, suponiéndose sin embargo que quedan fuera otros muchos servidores.)

(Los tres magos se detienen á contemplar el cielo, como buscando la estrella.)

GASPAR. Ha desaparecido... no distingo
ni un rayo de su luz... ¡oh dulce estrella
que guias nuestros pasos, no te ocultes
hasta encontrar al rey de la Judea.

BALTASAR. ¿Porqué velarnos su brillante disco?
¿porqué tan de repente?... estará cerca
la morada del niño que buscamos

y por eso, apagándose, nos deja?
MELCHOR. Es posible, señores; es posible
que aquí en Jerusalen su cuna tenga;
que el Dios del cielo, poderoso y sábio,
sus medios quita y los milagros cesan
cuando al humano sus agentes bastan:
si nos dejó la conductora bella,
solos busquemos al ilustre niño
objeto santo de tan larga empresa.
GASPAR. Descansen, pues, personas y animales
y que apague su sed esta cisterna,
que para hallar despues al Rey Mesias,
entrar nos bastará por la primera
calle que esté cubierta de laureles
y rica y perfumada con esencias,
y de las árpas el sonido hermoso
y los gritos de júbilo y de fiesta
nos llevarán hasta su régia cuna
y allí le rendiremos nuestra ofrenda.
(Música en las ruinas: instrumentos de guerra.)
BALTASAR. ¿Músicas en el valle? ¿son señales
que confirman quizá nuestras sospechas?

ESCENA XII.

HEMOR,—luego—HERODES,—ALEJAS,—y todo el acompañamiento que entró en la escena VII.

HEMOR. El grande Herodes, rey, Ascalonita,
el tetrarca inmortal de la Judea,
el Pontífice audáz de la Milicia
de Sesto, protector de la alta tierra
de Promision, gobernador augusto
y prefecto leal de Galilea,
por haceros merced y acatamiento,
se adelantó á vosotros, y aquí llega.
HERODES. (Entrando.) Estrangeros, salud; á mis oidos
me trajo el eco de la fama vuestra,
de haberos internado por mi reino

desde luengo pais, la feliz nueva:
¿qué demandan? á todos preguntéles,
y por si buenos mi hospedage aceptan
he querido saliros al encuentro
á ofreceros mi trono y mi vivienda.

GASPAR. Señor, oidnos: en remotos climas
tradiciones de Irán fieles nos cuentan
que Zerdascht, noble mago del Oriente
muy ducho en el saber de los planetas,
de Ciro en los primeros sucesores
anunció con afan y voz profética
que de una Vírgen intachable y pura
un niño naceria en tierra hebrea
y en la region occidental del Asia;
divino niño, de prosapia escelsa
destinado á cambiar la faz del mundo;
y añadió en sus augurios que una estrella
clara y desconocida en su horizonte
señalaría la brillante nueva,
á fin de que los magos por sí mismos
al Nacido llevasen sus ofrendas.

BALTASAR. Y así fué, cada cual en su retiro,
de la Arabia, Magodia y de la Persia,
vió brillar en el cielo, misterioso,
el astro nuncio que sus glorias era:
y dejando del Tigris las orillas;
de Babilonia las moradas régias
y la opulenta y rica Seleucides,
los tres en marcha por distinta senda
nos reunimos al fin, siempre guiados
por la sagrada y luminosa enseña.

MELCHOR. Gaspar y Baltasar ya te han contado
la historia prodigiosa de la estrella
de Jacob, que antes fué vaticinada
tambien por Balaán; y ahora me resta
decirte los presentes que traemos
al rey del mundo que los astros crea.
Oro le ofreceremos como á príncipe
que á la par es sin duda, de la tierra,
le ofreceremos mirra como á hombre,
é incienso como á Dios; tal es la empresa

que al salir cada cual de su recinto
nos impulsó á venir á la Judea.

HERODES. (Y sufro agravio tal?..) Absorto y mudo
me habeis dejado; por David que es esta
una ocurrencia estraña y peregrina,
como no ví jamás otra ocurrencia:
estrangeros que saben desde lejos
lo que sucede en la nacion hebrea
y yo el rey, yo en medio de sus tribús,
no tengo de esa historia ni aun sospecha.
Es verdad que me hicieron fariseos
para mi raza prediccion funesta;
que oí decir oráculos y citas
á que no dí atencion, de los Profetas;
pero ya no sé mas... ¿y dónde brilla
esa atractiva y poderosa estrella?

GASPAR. Señor, al acercarnos á este valle
se ocultó la divina mensagera.

HERODES. Raro es el lance... (Mas serán ardides
de esta gente? mi sangre se revela...)
Pues bien, yo os dejo, y en Salén al punto
bajo mi direccion y presidencia
voy á juntar á todos los doctores
de la ley, que sabrán ya de esa nueva,
y á príncipes tambien de sacerdotes;
y si me dieren la cuestion resuelta;
si dicen que el Mesías ha nacido,
me habeis de permitir que yo mi ofrenda
le presente á mi vez: hallar descanso
entretanto podeis en vuestras tiendas;
pero luego os aguardo en mi palacio
para daros en él alguna prueba
de mi afecto y lealtad, y al mismo tiempo
deciros la opinion de mi asamblea.
¿Os aguardo?

GASPAR. Señor, á merced tanta
no se puede negar el alma nuestra.

HERODES. Alejas, hoy remito á tu cuidado
del salon oriental la pompa régia;
apercibe un banquete á estos señores
que quiero festejarlos en mi mesa;

cordones y resortes prevenidos
y la vajilla real al punto apresta,
que no han de hallar pobreza en Occidente
quienes conocen la oriental riqueza.
Hermanos, os espero en mi palacio:
pronto dareis con él, barrio Betzetha.

BALTASAR. Descuida, gran señor, que al punto iremos
en demanda del bien que nos deseas.

HERODES. Pronto á Jerusalen, que este suceso
quiero me esplique la doctora ciencia.

(Salen por la izquierda.)

ESCENA XIII.

Los tres magos, OFICIAL y acompañamiento.

MELCHOR. Cumple con brillantez el rey Herodes.

BALTASAR. Mucho en el lujo de su corte emplea.

MELCHOR. Y habremos de asistir á su convite?

GASPAR. Si lo ofrecimos, concurrir es fuerza;
y quizá nos alumbren sus doctores,
y nos lleven mejor á nuestra empresa.
Dios nos guiará; y en tanto procuremos
un punto de reposo en nuestras tiendas.

(Cada mago entra en una, al pié de la cual se sienta un esclavo cuando lo manda el Oficial: al fondo queda un solo etiope armado é inmoble.)

OFICIAL. A sus puestos, esclavos, y que etiopes
den la guardia; los otros todos fuera.

ESCENA XIV.

Los magos en sus tiendas: esclavos sentados junto á ellas: el etiope al fondo:—RAQUEL—y—JACOB—que salen de la cabaña, con disposicion de viaje, y sin reparar en las tiendas.

JACOB. Con que eso te dijo?...

RAQUEL. Sí;
que quiere muger de baja
esfera.
JACOB. ¿Y no se rebaja?...
RAQUEL. Sin duda no lo cree así.
JACOB. (Con recelo.) Ya se vé, como el rey fué
criado de Hircano, ¡pché! pase...
le gustan las de su clase.
RAQUEL. Criado dices?
JACOB. Por mi fé.
Él y su hermano; los dos;
é ingratos y con encono
le derrocaron del trono.
RAQUEL. Pues bien, que les juzgue Dios.
¿Vamos?
JACOB. Seguirte es mi ley.
que á tu voz los años mermo.
Adónde?
RAQUEL. A ver á mi enfermo,
y mañana á ver al rey.

FIN DEL CUADRO SEGUNDO.

CUADRO TERCERO.

Vestíbulo del palacio de Herodes en el barrio Betzétha de Jerusalen. Gran pórtico de columnas y arcos, y en el del centro una puerta de bronce, cerrada: á ambos lados de esta dos grandes rosetones, que figuran ser los resortes, por medio de los cuales, y con el auxilio de cordones prevenidos, se verificará la transformacion de la escena. Sobre dos basamentos ó columnas de caprichosa y riquísima hechura, habrá en uno el águila cesárea de oro, y en el otro una gran tabla con escritura hebráica en fondo de rubí y salpicada de esmeraldas, que figura ser la Tabla de la ley. Queda además al gusto y conocimientos del director de escena exornar este vestíbulo con la mayor riqueza que guste, atendido el lujo oriental del palacio de Herodes, y á que todo ello ha de redundar en mayor brillantéz de la transformacion.

ESCENA I.

HERODES—de pié en el centro del vestíbulo, cubierto con el manto de púrpura y ceñido de una corona de laurel: guardias romanos distribuidos á ambos lados: á la izquierda levitas, israelitas, pueblo: á la derecha—MARIA,—SOBÉ,—ESTHER—y algunas mugeres: á un lado tres doctores de la ley.

HERODES. (A un levita.)
¿Y qué hacer contra esa gente?
si han dado muerte á tu hermano,
júntate con cien levitas
y sal sin miedo á buscarlos.
Con pretesto de bandidos
talan y pueblan los campos

los descontentos, y en lucha
se han puesto con mis soldados:
y ya con los fariseos
ó los árabes mas bravos
del desierto, se propagan
por el reino desbandados;
pero otros muchos con fines
de venganza, por livianos
resentimientos se arman
y dan muerte á sus contrarios.
Te pregunto y no me dices
quién es el que lo ha matado:
¿cómo, pues, ir en su busca?
Vete. (El levita se retira.)
Vosotros, en tanto
que no me deis mas noticia
del robo, podeis marcharos
tambien. (Se van.)
Demandad, vosotras.
MARIA. Señor, por hacerme daño
me niega Samuel el hijo
dos sestercios que le he dado.
HERODES. ¿En cambio de cosa alguna?
MARIA. No, señor, que no fué en cambio.
En préstamo.
HERODES. Y te los niega?
MARIA. Pretende que fué un regalo.
HERODES. Por qué?
MARIA. De boda.
HERODES. Y no es cierto?
MARIA. Soy pobre y no tengo tantos
para regalar.
HERODES. Pues vete;
te los pagará. (Vase Maria.)
SOBÉ. Reclamo
señor, tu ley, contra un hombre
que ayer mismo me ha jurado
vengar en mi hacienda toda
ofensas que há mas de un año
dice le infirió mi esposo.
HERODES. Pero quizá te ha causado

ya algun mal?

SOBÉ. No todavia.

HERODES. Pues mientras no llegue el caso,
no puede hacerse justicia. (Sale Sobé.)
Vosotras.

ESTHER. Señor, criamos
Sara y yo nuestros dos hijos
que son varones entrambos:
pues juntas hemos vivido
ellos juntos han estado,
durmiendo en la misma cuna
y la mútua ropa usando;
pero hoy que reñí con Sara
me disputa, y no es esacto,
que toda la ropa es suya.

MUGER 1.ª Si, señor, y la reclamo.

HERODES. Basta de cuentos; partidla
por igual y dejad paso.

ESCENA II.

HERODES,—doctores,—guardias y luego RAQUEL.

HERODES. Mugeres enredadoras!
por el lance mas liviano
acuden á la justicia,
cual sinó hubiera mas altos
asuntos de que ocuparse:
doctores, no hay mas vasallos:
cuando gusteis, podeis iros
que la audiencia ha terminado.
(Al salir los doctores por la izquierda, entra RAQUEL.)

RAQUEL. (Derecha.) Aun no.

HERODES. Raquel! Ya propicia
(HERODES hace una seña á los guardias para que se retiren: salen por la izquierda.)
de mi fortuna hallo el modo:
oh!

RAQUEL. Señor, antes que todo
vengo á pedirte justicia.
Y vé que al estar aquí,
á la vez que te la pido,
como leal, he cumplido
la palabra que te dí.
HERODES. Justicia tú? La has de ver:
¿pues quién en Judá se atreve
á agraviarte? en el aleve
grave escarmiento he de hacer.
Habla, Raquel; no te enoje
la duda que á ello me obligo;
pide para tu enemigo
la pena que te se antoje.
RAQUEL. Tú se la impondrás; que es ley
cuando aquí un vasallo gime
porque otro fiero le oprime,
que le desagravie el rey.
HERODES. Habla.
RAQUEL. Mi padre Nathán,
viejo honrado y con decoro,
pequeño y pobre tesoro
llegó á juntar con afán.
Escondiólo en su guarida
con ilusion placentera,
porque aunque pequeño, era
el tesoro de su vida.
En él sin temor ni duelo,
contemplaba entusiasmado,
el fruto de su pasado,
de su vejéz el consuelo.
Y en esta delicia avara
engriéndose oportuno,
jamás creyó que ninguno
en quitárselo pensára.
HERODES. Y qué?
RAQUEL. Labrador vecino
que tiene mas rica hacienda,
dando á sus instintos rienda,
acechóle en su camino;
y en el escondido oro

rapáz poniendo la mente,
con ánimo delincuente
le ha sorprendido el tesoro.

HERODES. Un robo! negra codicia!
no habrá pena que me cuadre:
dile, Raquel, á tu padre
que le haré pronta justicia.

RAQUEL. Oh! señor; á nada iguala
el pesar de sus enojos:
lágrimas brotan sus ojos;
suspiros su pecho exhala.
Y amenguándose su vida
del cielo favor implora,
y en tanta pobreza, llora
por su ventura perdida.
La muerte fuera mejor
que el dolor que le traspasa.

HERODES. Pero el tesoro?..

RAQUEL. En su casa
lo tiene ya el labrador.

HERODES. Se lo quitó?.. ¡Por la luz
que haré un egemplar que asombre
á todo el reino! ese hombre
merece muerte de cruz.
Alejas! (Llamando.) hombres villanos
los que tienen mas riqueza!
responderá su cabeza
de lo que hicieron sus manos.

ESCENA III.

Los mismos.—ALEJAS.

ALEJAS. ¿Qué me ordenas?

HERODES. Con desdoro
muera de muerte cruel,
el que al padre de Raquel
le ha robado su tesoro.

ALEJAS. Se obedecerá tu ley.

Fué preso?
RAQUEL. No, por mi injuria.
HERODES. Que lo traiga una centuria.
ALEJAS. Su nombre?
RAQUEL. Tu hermano, el rey.
HERODES. Yo?
ALEJAS. Raquel!!
RAQUEL. Lo dije así
y ayúdete la memoria,
que á repetirte la historia
verás como no mentí.
Pobre y sola y sin abrigo
Isac Nathán, hoy lloroso,
es mi padre mas que esposo,
y mas que padre mi amigo.
Con celo y amor logró
poseer al fin un tesoro
para él mas rico que el oro;
y ese tesoro soy yo.
Violo un labrador vecino
—que es el rey—y en su avaricia
olvidando la justicia
acechólo en su camino.
Y en el escondido oro
audáz poniendo la mente
con ánimo delincuente
le ha sorprendido el tesoro.
HERODES. Mas ¿yo te he robado?
RAQUEL. Y quién
del vecino así ha juzgado?
tú te lo has imaginado
y lo imaginaste bien.
No he dicho que lo robó,
sinó que en poder sin tasa,
lo tiene en su propia casa...
y en tu palacio estoy yo.
HERODES. Trama urdiste manifiesta
que como traicion acojo.
RAQUEL. Señor, si moví tu enojo
estoy á morir dispuesta.
HERODES. Vete, Raquel; tu malicia

por hoy solo te ha salvado.
RAQUEL. (El mismo se ha sentenciado.)
HERODES. (Yo mismo me haré justicia.)

ESCENA IV.

HERODES.—ALEJAS.

HERODES. Evitemos la violencia,
de hoy mas con esta muger;
ya la deseo obtener
sin lucha ni resistencia.
Ese carácter vehemente
y altivo, mis gustos traza,
y cuanto mas me rechaza,
mas se me graba en la mente.
No hay en Judea otra alguna
que tal me tenga sujeto,
y he de conseguir mi objeto
ó con ella ó con ninguna.
Pero pues que no me escucha
ni la pompa real la ciega,
y cuanto mas se la ruega
ó se le impone, mas lucha,
escójase otro remedio
que su voluntad doblegue
y que ella sea la que ruegue:
ya buscaremos el medio.
ALEJAS. Que ruegue? Difícil es:
un alma tiene tan fiera,
que á comprenderlo, muriera
sin ceder á tu interés.
HERODES. Pues como así lo creí
por eso evito esa suerte;
que antes que para la muerte
la quiero yo para mí.
Ya veremos; imagino
que meditando el asedio,
por este ó el otro medio

hallaremos el camino.
Haciéndole comprender
al esposo... un hijo tiene...
y si quitarlo conviene...
ya podremos escojer.
En tanto...

ESCENA V.

Los mismos.—HEMOR.

HEMOR. (A la izquierda.) De tu bondad
aceptando la alta oferta,
van entrando por la puerta
de Damasco, en la ciudad,
esos magos del Oriente
que ayer llegaron al valle,
y á verlos, bulle en la calle
maravillada la gente.
HERODES. ¿Está todo prevenido
Alejas?
ALEJAS. Cual lo mandaste.
HERODES. ¿Vino el ámbar de Sebaste?
ALEJAS. Nada, señor, dí al olvido.
HERODES. Pues bien, que mi pueblo todo
encuentre al momento abiertas
de mi palacio las puertas
y en él fácil acomodo.
Que ocupen las galerias
curiosos de todas greyes,
y el cortejo de los reyes
y sus guardias y las mias.
Esclavos vengan aquí,
y hagan honor centuriones
á los magos; y mis dones
hoy al pueblo hablen por mí.
Corre, Alejas, y tú, Hemor,
celo en tu gestion emplea,
para que vean que en Judea
hay mas que en Persia, esplendor.

ESCENA VI.

HERODES.

HERODES. (Pensativo.)
La estrella se ocultó... bien se comprende...
mis sábios y doctores me lo han dicho:
no era Jerusalen la destinada...
mas quién sabe tal vez!... y si ha nacido
dentro de sus murallas!... y si enfrente
quizá lo tengo de mi alcázar mismo!...
(Suenan trompetas cercanas.)
Los magos!... de la duda que me asalta
no quiero darles, por mi mal, indicios,
que conviene á mi plan que me descubran
deseo de allanarles el camino.

ESCENA VII.

Trompetas á la puerta de palacio.—HERODES,—ALEJAS,—HEMOR,—GASPAR,—MELCHOR—y—BALTASAR,— guardias: —cuatro esclavos:—dos toman dos largos cordones que habrá pendientes en el muro del fondo; y otros dos traen dos llaves doradas que meten en los rosetones, dispuestos á dar á los resortes, cuando lo mande el rey: en esta actitud permanecen hasta su tiempo: apenas ALEJAS y HEMOR presentan á los reyes se retiran.

HERODES. Hermanos del Oriente, al ver pasados
casi dos soles sin haber venido
al hospedage que os brindé en el valle,
tuve recelos, sin saber motivos,
que cambiando la idea y aun la ruta
quizás á otro parage hubiérais ido.
GASPAR. Nos ofendes, señor; si por acaso
en el ígneo mentor á quien servimos
nueva señal ó senda diferente
hubiéramos de entonces advertido,
al acatar su misteriosa órden,
te hubiéramos al punto dado aviso,

que en los hombres de Oriente la falacia
aun no ha encontrado tenebroso abrigo.
Pero nada, señor; la pia estrella
que alumbraba feliz nuestro destino
no ha vuelto á aparecer, aunque del alma
le enviamos los ruegos en suspiros,
y observando los astros noche y dia
la esperanza al deseo ha detenido.

HERODES. Acepto la protesta y de teneros
en mi palacio real me felicito;
dejemos, pues, el átrio, y que no crea
el pueblo suspicáz que, rey, os miro
como á pueblo tambien, y que en audiencia
de justicia y favor aquí os recibo.

BALTASAR. Escuchas en el átrio las querellas
del vasallo infeliz?

HERODES. En este sitio.

BALTASAR. Y no tienes campana?..

HERODES. No comprendo...

BALTASAR. Es uso en nuestros reinos admitido
que acude á los agravios con presteza
y envuelve la equidad por lo sencillo.
Sobre el asiento real una campana
de oro el mas puro, con primor bruñido,
manda su cuerda al esterior del muro
y al alcance de aquel que pide juicio:
de suplicantes la campana vibra,
que así se llama—y al momento activo
conduce un oficial al querellante
á presencia del rey, donde testigos
de su justicia son los cortesanos
que en ella encuentran el ejemplo digno.

HERODES. Costumbre patriarcal es sin disputa
con que el persa se vé favorecido.
Mas si gustais... (Invitándolos á pasar.)

MELCHOR. Señor, si nos permite
tu atencion y bondad, calma el ahinco,
antes que todo, que en Judá nos tiene;
¿reuniste ya á tus sábios y rabinos?
¿Qué opinan tus doctores del Mesias
que Irán profetizó?

HERODES. Lo mismo han dicho...
(Con cierta reserva.)
Escuchad... y sabed en mis palabras
que es mi gozo sin término, infinito;
que ante Jehováh con emocion me postro,
al ver que fué mi reino el elegido
para que en él naciera y en mi tiempo
el tantos años esperado Niño.
Sábios ancianos, príncipes, doctores,
junté en mi derredor hoy aqui mismo,
y mi pregunta fué llana y concreta
porque no me creyeran fin distinto.
«En qué lugar nacer debe el Mesias?..»
Estraña en todo pareció al consilio
por hacerla el rey propio; pero al cabo
respondieron, conforme al vaticinio.
«En Betlhen de Judá: y á mas dijeron
que tocando ya al término preciso
de Danïel la postrimer semana
los tiempos del Mesias son vecinos...»
Pero falta, señores, á este punto
seguridad, dictámen decisivo;
falta saber si nacerá mañana;
si algun tiempo despues, ó si ha nacido.
¿Hace mucho que vísteis esa estrella?
GASPAR. Há doce dias.
HERODES. Y de entonces vino
al occidente siempre?
GASPAR. Siempre.
HERODES. Es raro!
(Pensativo.)
Y eclipsarse cercana á mi recinto!..
Pues bien, descansareis en mi palacio
y ya os diré mi intento al despediros.
Paso al salon y que la córte toda
dé al hospedaje su tributo digno.
(Los cuatro esclavos tiran de los cordones, oprimen las llaves y se verifica rápidamente la transformacion.)

(Salon oriental, al cual se sube por escalinatas: este salon está dominado por una galería cuadrilonga, cerrada por

balaustrada romana con remates de armas, pebeteros, candelabros, bustos, águilas y otros adornos de la época: en el centro del salon la mesa que será baja, suntuosamente servida: en la presidencia el asiento de HERODES, en forma de trono, superior á los demás: otros cuatro asientos para los MAGOS y ALEJAS: á ambos lados grandes escaparates con la vajilla real. Hermosos grupos de columnas sostienen la techumbre cubierta con una lujosa tela de oro, y todo ello adornado y decorado con el gusto asiático: lámparas, colgaduras, estátuas, alfombras, espejos, tapices, etc. A la derecha de la mesa el estandarte verde de Judá, mas ricamente construido que el del acto anterior, sostenido por un centurion.)

ESCENA VIII.

Al descubrirse el salon se halla toda la galeria llena de gente: todo el acompañamiento de los magos: mugeres, niños, levitas, israelitas, pastores, pueblo; é intercalados, tracios, germanos, centuriones, unos armados y otros de curiosos: esclavos en el salon dispuestos al servicio de la mesa: esclavas en los estremos con pebeteros en las manos:—HEMOR á la izquierda de la mesa;—ALEJAS á la derecha, aunque en seguida baja á recibir á los reyes:—HERODES y los magos se sientan:—GASPAR á la derecha del rey:—á la de GASPAR,—MELCHOR:—á la izquierda de HERODES,—BALTASAR,—y á la de este—ALEJAS:—empieza el banquete.

En los estremos de la galería, y en la parte baja hay dos grandes pabellones con ricas colgaduras; al verificarse la transformacion, la orquesta rompe con una fuga que debe durar mientras los reyes se sientan, y apenas empieza el banquete, cuatro esclavas que hay á los lados levantan estas colgaduras y aparecen las ninfas, guardando graciosas posiciones: por último se lanzan á la escena y bailan una danza egipcia, que no debe ser corta, pues dura toda la comida. Concluido el baile las ninfas vuelven á entrar bailando bajo los pabellones, caen las colgaduras y se levanta HERODES y con él los reyes y ALEJAS, que vuelve á ocupar su puesto primero: cuando ya se hallen en el proscenio, se ván poco á poco despejando las galerias y pabellones, hasta quedar solamente en ellas los guardias armados.

GASPAR. Si los grandes de la tierra,
señor, de pompa blasonan,

tú, mas que ninguno de ellos
ostentas riqueza y pompa:
el mismo César Augusto
que ciñe imperial corona,
no reunirá tanto lujo
en su palacio de Roma.
Has juntado aquí del Asia
la magnificencia toda,
de la Arabia la molicie
de sus plantas los aromas,
las alhajas del Egipto,
el brillo de Babilonia,
el oro y sedas de Persia
y los encantos de Europa.

HERODES. Oh! no, que es de mis artistas
en ese punto la gloria:
diles proteccion y ayuda,
y con alma laboriosa
han levantado del reino
la fama y prez que les honra...
Pero ¿os vais?

BALTASAR. Si nos permites
es bien ya que la zozobra
calmemos, saliendo en busca
del objeto que ambiciona
el corazon: tus doctores
han opinado de forma
que si otra vez nos alumbra
la divina conductora,
sabrás que dentro de poco
el intento se nos logra.

HERODES. Pues bien; yo como vosotros
siento en el caso la propia
ansiedad, y ya deseo
saber del Niño la historia.
Id á Betlhen que no dista
apenas de aquí dos horas
é informaos si ha nacido
el Mesias que se invoca.
Y si le hallais, os suplico
me mandeis noticia pronta

para que tambien yo pueda
ir á adorarlo en persona,
que á no tener en palacio
cuidados de mucha monta
al par con vosotros fuera
á buscarle desde ahora.

GASPAR. Bien puedes quedar tranquilo,
señor, que apenas gozosa
haya descubierto el alma
el fin que la embarga toda,
tendrás aviso, cual cumple
á rey que tan bien se porta.
En tanto el cielo proteja
el brillo de tu corona.

HERODES. Que por buena y favorable
la empresa se os haga corta.

ESCENA IX.

HERODES,—ALEJAS,—HEMOR, al fondo: soldados en distintos puntos de la escena.

HERODES. (Pensativo.)
Se fueron!.. y ahora bien ¿es por acaso
á ese Dios á quien temo en mi memoria?
no es á Dios, es al príncipe, á la gloria
feliz de su victoria
al llevar su pendon de Oriente á ocaso...
Pero ¿será verdad?.. No será trama
por enemigos de mi trono urdida
en pró de otra ambicion, hoy escondida,
que al amagar mi vida
amaga mi poder y hasta mi fama?...
¿Habré yo cimentado por mí mismo
el trono de Judá, con la traidora
(Con voz reconcentrada.)
falange de sicarios destructora,
para dejar ahora
que implacables me lleven al abismo?...
¿Habré pulverizado con encono

este pueblo que no se reconcilia,
para dar de David á la familia
tras tanta y tal vigilia
libre la senda que la lleve al trono?...
¿Será, si mi poder ya se derrumba,
este cetro, en mis manos hoy tan fuerte,
caña maldita y débil y de suerte,
que el viento de la muerte
la rompa sin piedad sobre mi tumba?...
No; si ese niño que me presta agravios
es príncipe ó es Dios, que muera importa:
asi mil bienes la Judá reporta,
y al par asi se corta
la esperanza y el sueño de los sábios.
No tendré compasion mal entendida,
pues Athalía, si á su fin me ciño,
por piedad, al matar, ó por cariño,
dejó olvidado un niño,
y ese su trono le quitó y la vida.
Oh! no tendré compasion:
la tardanza es un tormento:
Hermano... Hemor... al momento...
(ALEJAS y HEMOR bajan al lado de HERODES.)

ALEJAS. ¿Qué ordenas?

HERODES. (Con ira reconcentrada y como imponiéndoles con cierta reserva sus ideas.)
Sin dilacion
sal tras los magos de Oriente,
síguelos y donde paren,
sin que ellos en tí reparen,
venme á decir diligente.
(Seña de HERODES para que se retire.)
Tú, Hemor, prepara soldados
en numerosas cuadrillas,
y de tajantes cuchillas
que vayan todos armados.
Y comenzando en Betlhen
cuanto abarque el horizonte,
en valle, ciudad y monte
hasta aquí en Jerusalen,
Has de registrar de suerte,

venciendo secreto y dolo,
que no haya un niño tan solo
á quien no le deis la muerte.

HEMOR. Señor!

HERODES. A tu celo activo
encomiendo este trabajo:
de dos años para abajo
no ha de quedar uno vivo.

HEMOR. (Dando intencion á la palabra.)
Mas... ¡todos... sin escepcion?

HERODES. (Advirtiéndolo.) Porqué me dices? ..

HEMOR. (Con cierto embarazo.) Raquel...

HERODES. Es verdad! (para sí) (de pronto y con resolucion.)
Tambien á él:
á todos degollacion.

(El Rey señala á HEMOR su salida, y dirigiéndose al foro cae el telon.)

FIN DEL CUADRO TERCERO.

CUADRO CUARTO.

Selva corta al primer bastidor: toda la parte de proscenio figura un camino que atraviesa: á derecha é izquierda matorrales naturales y peñones escuetos: empieza á oscurecer.

ESCENA I.

REBECA,—ESTHER,—SOBÉ,—MARIA,—MUGER 1.ª y algunas pastoras y—JUSEPE—que salen por la izquierda: todas las mugeres traen cestas ó canastillos con almendras, nueces, flores y otros presentes.

JUSEPE. (Deteniéndose á la derecha del proscenio.)
Aunque ya queda muy poco,
digo que he de descansar,
que sois capaces de andar
mas que corre un asno loco.

ESTHER. No, Jusepe, que ya es tarde
y Phalár me echará menos.

JUSEPE. Que se espere.

MARIA. Y á mí Hénos
que me aguarda.

JUSEPE. Que se aguarde.

REBECA. Tengo tal curiosidad
por ver á ese Niño.

JUSEPE. Aguanta.

SOBÉ. Yo, sinó mas, tengo tanta.

PASTORAS. Y yo, y yo, y yo.
JUSEPE. Pues callad
que sinó á ninguna os llevo.
REBECA. Como tal lo has ponderado,
el deseo has despertado
de verlo.
JUSEPE. Hablé lo que debo.
MARIA. Pues vamos.
REBECA. Anda, Jusepe, (Con cariño.)
vamos pronto, Jusepito...
te queremos mas!!...
JUSEPE. Muchito,
y me habeis dado un julepe!!...
REBECA. Vaya un hombre!! (Haciendole burla.)
JUSEPE. Bien, y qué?
me he cansado.
ESTHER. Anda, tormento.
JUSEPE. No me apureis, que me siento...
TODAS. A que nó!
JUSEPE. (Dejándose caer en el suelo.)
Que me senté.
REBECA. Que lástima de paliza!
verás si pillo una vara
(Buscándola en el matorral.)
como te vá á salir cara...
JUSEPE. ¿La has pillado? Pues atiza...
REBECA. (De pronto tirando la vara.)
Vamos arriba con él,
muchachas...
(Todas le agarran del uno y otro brazo y pretenden en vano suspenderlo y levantarlo.)
Aupa!!
JUSEPE. No aupo...
Esperad.
(Todas se quedan inclinadas sobre él, sin soltarle los brazos y como aguardando lo que vá á decir.)
JUSEPE. (Contemplándolas y dando á cada frase la intencion que necesita.)
¡Qué hermoso grupo!...
para dárselo á Luzbel.
(Todas le sueltan con enojo.)

REBECA. Anda, simple.
JUSEPE. Qué cariño!
Vamos, tened mas sosiego:
sentaos aquí que muy luego
os llevaré á ver al Niño.
ESTHER. Un instante?
JUSEPE. Nada mas.
(Se sientan todas á ambos lados de JUSEPE.)
Pero en tanto sé propicia,
y cuéntanos la justicia
que te hizo Herodes.
ESTHER. La oirás.
Cuando Sara y yo reñimos
quiso ser dueña absoluta
de mi ropa, y en disputa
al rey Herodes nos fuimos.
Yo le conté la querella
diciendo que cada niño
tenia su propio aliño;
su ropa, y nególo ella.
Pero el rey con gravedad,
de la verdad penetrado,
dijo:—«negocio acabado:
partidla de por mitad.»
Esto se llama la propia
justicia.
JUSEPE. Justicia es;
pero no tiene interés.
REBECA. ¿Porqué, simplon?
JUSEPE. Porque es copia.
REBECA. Pues!! tuya.
JUSEPE. Si fuera mia!!...
Yo no sé pizca de ley:
antes que él la hizo otro rey
mejor hecha.
REBECA. ¡Cuál sería!
JUSEPE. Dicen que fué Salomon.
ESTHER. A ver? cuenta.
REBECA. Sí, que invente.
TODAS. Que lo cuente, que lo cuente.
JUSEPE. Pues vá de cuento; atencion.

En el grande abundamiento
de reyes que hemos tenido,
hubo uno muy entendido,
que es el héroe de mi cuento.
Se llamaba Salomon;
y á lo jóven y prudente
reunía en sí lo valiente
y noble de corazon.
Pero mas que esto era agudo,
y mas que agudo muy sábio...
aunque, si le infiero agravio,
eso de sábio, lo dudo.

REBECA. ¿Porqué?

JUSEPE. Por tener vigentes,
que se sepa, entre otras varias,
veinte esposas propietarias
y mas de ochenta suplentes.
Y lo habré de sostener
mal que pese á vuestro nombre,
no puede ser ningun hombre
sábio con tanta muger.
Imposible! y os afronto
con mas razon que jamás:
¡pues si es con una no mas
y lo vuelven á uno tonto!!...

REBECA. Calla, simple!

ESTHER. Tú qué sabes.

JUSEPE. Pues!... no os pido pareceres:
para mientes de mugeres
son estas cosas muy graves.
Iba diciendo y es ley
la verdad que manifiesto,
que aparte de todo esto
fué Salomon un gran rey.
Pues señor, en el lugar
en que su corte tenia
dos mugerzuelas habia
llamadas Seba y Thamar.
Juntas vivian, y es fijo
que con dos niños de pecho,
cada una tenia su lecho

y en él cada cual su hijo.
Impensadamente ahogó
al suyo una noche Seba
y ¿qué hace? calla y lo lleva
con Thamár y lo cambió.
Es decir que sin concierto,
del modo mas abusivo,
se llevó á su cama el vivo
y le dejó á la otra el muerto.
Thamár despierta, y aunque eran
ambos en la edad iguales,
sus instintos maternales
con el trueque se exasperan.
Conoce el engaño y grita
y pide á la otra su hijo;
pero Seba con prolijo
afán, disputa y se irrita.
Y no hallando solucion
á respuestas ni preguntas
se amontonan y van juntas
con el hecho á Salomon.
Y allí siguiendo el altivo
y furioso desconcierto
ambas se echaban el muerto,
y reclamaban el vivo.
Grave era el caso, aunque agudo
el rey; pero en tal asedio,
al fin se le ocurre un medio
para desatar el nudo.
Llamando con brevedad
á sayones con cuchillos,
manda que á los dos chiquillos
los partan por la mitad.
Y á fin de tener acierto
y equidad muy oportuna,
que dieran á cada una
medio vivo y medio muerto.
En tan rara solucion
vió la córte un desatino;
mas llevaba otro camino
del rey sábio la intencion.

No bien acabó de hablar,
sin darse de ello razones,
se aprestaron los sayones
el niño vivo á matar.
Seba conformóse activa;
pero Thamár con anhelo,
suplicó,—«no por el cielo;
que otra lo lleve y que viva.»
—Haced, señor, lo que os cuadre»
dijo Seba, y Salomon
exclamó con efusion—
«Oh! Thamár, tú eres la madre.»

REBECA. ¿La conoció?..

JUSEPE. Mente ruda!..
si una asintió y otra no,
la que al vivo defendió
era la madre: sin duda.
É imponiendo penitencia
á la rival mentirosa,
por lo sagaz é ingeniosa
tomó nombre esta sentencia;
que circuló en la nacion
con mucho crédito y fama;
y desde entonces se llama
el juicio de Salomon.

ESTHER. Vaya una sentencia propia!
y se parece en esceso
á la de Herodes.

JUSEPE. No es eso:
la de Herodes es la copia.

ESTHER. Qué talento!

JUSEPE. Rara eres.

ESTHER. Por qué?

JUSEPE. Porque, no te asombre,
cuanto mas tonto es el hombre
mas le gusta á las mugeres.

REBECA. Tú qué entiendes! no á nosotras.
(A Esther.) Sabes que en el desagravio
ese rey fué un rey muy sábio?

JUSEPE. (Levantándose.)
Si, mucho mas que vosotras.

ESTHER. (Levantándose tambien con las demás.)
Nos vamos ya?

JUSEPE. Asi lo opino;
que á la vuelta está la cueva;
pero de aquí á allí se lleva
aun media hora el camino.
Vuelvo á encargaros respeto
ante la bella criatura,
y silencio y compostura
que es muy sagrado el objeto.

REBECA. Yo cada vez que lo nombro
con su idea me entusiasmo;
me ha dicho Isac que es un pasmo;
que su cara es un asombro.

ESTHER. Frutas llevo á sus primores
y he de adorarle mil veces.

MARIA. Pues yo almendras.

SOBÉ. Y yo nueces.

MUGER 1.ª Y yo tortas.

REBECA. Y yo flores.

JUSEPE. Me place tanto cariño,
que son regalos de bodas:
ea, pues; seguidme todas:
vamos á ver al Dios Niño.
(Al dirigirse todos hácia la derecha, salen RAQUEL y JACOB.)

ESCENA II.

Los mismos,—RAQUEL,—JACOB.

RAQUEL. (Agitada.) Esther, María, Sobé...
feliz al fin que os encuentro:
os buscaba.

ESTHER. Qué sucede?
¡qué agitacion!

RAQUEL. Me estremezco
de pensar... sois mis amigas
y daros aviso debo.

MARIA. Pero ¿qué pasa?

RAQUEL. Jacob
os dirá...
JACOB. Tampoco puedo
respirar, que me ha traido...
JUSEPE. (Aparte á Jacob.)
¿Es que el rabadán se ha muerto?
JACOB. (Idem.) No, que es peor todavia.
ESTHER. Vamos, habla: dilo luego.
JACOB. Bajaba yo á medio dia
por el arroyo del Cedro
hácia el valle de la Torre
donde el rebaño tenemos,
cuando al volver el recodo
del monte, á muy corto trecho
diviso, manoteando,
centuriones á lo lejos.
Juzgué que sería reyerta
de ellos mismos, y me acerco;
ocúltome para oir
lo que estuviéran diciendo,
y al enterarme, temblaba
sin saber si darles crédito.
—No quiero matar chiquillos,
exclamaba uno colérico;
Pues yo sí,—decia otro.
—Tanto importa, oficio es nuestro,
dijo un sayon,—y en matarlos
la órden del rey obedezco.
(Se supone que á medida que adelanta la relacion de JACOB,—las mugeres van dando mayores muestras de indignacion y sobresalto.)
—Y si lo ha mandado Herodes,
otro añadió,—no hay remedio:
de dos años para abajo
han de morir todos ellos.
(Consternacion general en las mugeres.)
—Pues vamos á la matanza,
otro resolvió, y se fueron.
Irse y salir yo azorado,
fué cosa de un mismo tiempo,
y al punto volé á la choza

para contar el suceso.

ESTHER. (Muy agitada y sin saber qué hacer.)
Pero es horrible, es horrible,
y el motivo no comprendo.

MARIA. Yo voy á esconder mi hijo.

SOBÉ. Yo voy á mi choza luego
y Dios me abrirá camino.

RAQUEL. Qué infamia!

ESTHER. Apenas lo creo.

MARIA. No sé qué hacer.

JACOB. Los verdugos
son muchos, segun dijeron,
y en numerosas cuadrillas
van por el campo y el pueblo.

ESTHER. Oh! si á mi choza habrán ido...

MARIA. Si van por el mio, primero
me dejo arrancar la vida.

RAQUEL. No perdamos un momento:
recojed cada una el suyo
y en mi cabaña os espero:
Jacob, tú te quedarás
con mi pobre Isac enfermo,
y dando aviso á otras madres,
llenas de igual desconsuelo,
nos iremos á un refugio
que he pensado.

TODAS. ¿Cual?

RAQUEL. (Con solemnidad.) El templo.
En el átrio guarecidas
con nuestros hijos, veremos
si los verdugos de Herodes
lo manchan con sus aceros.
Al templo todas conmigo,
y valor y lucharemos;
y si ese rey sanguinario
lleva su infamia á ese estremo,
de las madres de Judea
daremos memoria al tiempo.

(RAQUEL sale por la derecha, seguida de ESTHER, MARIA, SOBÉ y pastoras: JACOB detrás de todos.)

ESCENA III.

REBECA,—JUSEPE.

REBECA. ¡Pobres Madres! me he quedado
asombrada y sin aliento.
¡Qué pícaro Herodes!...

JUSEPE. Calla,
que vienen con el degüello
para arriba, y si nos oyen...
¿Tendré seguro el pescuezo
Rebeca?

REBECA. ¡Que alma tan negra!
Pero ¡qué mal le habrán hecho
los niños!..

JUSEPE. Ahora que dices...
Rebeca, vamos corriendo
á la cueva, y á los padres
de Cristo se lo diremos.
Por ese si que me apuro!..
pues dí que si no me acuerdo...

REBECA. Vamos, vamos...

JUSEPE. Pero mira,
ese camino no llevo;
que por las señas que dijo
el pastor, junto á aquel cerro
estaban los centuriones:
por este lado saldremos
al llano, y del llano al monte
aunque demos mas rodeo.
Vamos.
(Al llegar por la izquierda aparecen ALEJAS y HEMOR.)

ESCENA IV.

Los mismos.—ALEJAS y HEMOR.

JUSEPE. (Retrocediendo aterrado.)
Dios mio!!

ALEJAS. ¿Dónde vais?
JUSEPE. Señor... (me muero de miedo!!)
REBECA. Vamos al valle... á la choza
donde vivimos...
JUSEPE. Si... eso.
ALEJAS. ¿Sois esposos?
REBECA. No señor,
hermanos.
JUSEPE. Somos... doncellos.
ALEJAS. (Esta pastora...) Tu cara...
yo te he visto...
REBECA. (Aparentando sencillez.) No me acuerdo.
Pues yo no te he visto nunca.
ALEJAS. ¿De dónde venís?
JUSEPE. (Qué aprieto!)
De... vender... varias ovejas
y me han dado seis talentos
de plata...
ALEJAS. ¿Habeis encontrado
mas allá tres estranjeros
ginetes en dromedarios,
y con cargas en camellos
y gente de compañía?
REBECA. A nadie, señor.
ALEJAS. (Aparte á Hemor.) (No acierto
Hemor, á darles alcance.)
HEMOR. (Idem.) (Tan diligentes salieron
y de noche, que no es fácil
seguirlos ó dar con ellos.)
JUSEPE. (A Rebeca.)
(Qué hablarán?)
ALEJAS. (Idem.) (Si no haces falta
en funciones de tu empleo,
vente conmigo.)
HEMOR. (Idem.) (Ya sabes
de Herodes la órden que tengo.)
ALEJAS. (Idem.) (No importa) Seguid, vosotros.
REBECA. Muchas gracias.
JUSEPE. (Qué me alegro.)

ESCENA V.

ALEJAS.—HEMOR.

ALEJAS. ¿Entraron ya centuriones
en Betlhen?

HEMOR. Aun no: la dejo
para despues: diez cuadrillas
de soldados bien dispuestos
invaden ahora los campos,
las cabañas sorprendiendo:
corrida la voz, procede
que agrupados ó dispersos
se guarezcan en Betlhen
los niños, huyendo al riesgo;
y cuando estén todos juntos,
mis soldados en secreto
caerán sobre la ciudad
y allí acabarán con ellos.

ALEJAS. Veo, Hemor, que has aprendido
á sutilizar proyectos.
Pues ahora sigue mi ruta
hasta ver si... pero advierto...
que va cerrando la noche:...
el horizonte está negro...
nubes cubren el camino...
y principian á envolvernos...
fenómeno estraño es este...
que no he visto en otro invierno...

HEMOR. Tal vez amagos de lluvia...

ALEJAS. Sigamos, Hemor... ¿qué es esto?..
si apenas veo el camino...
y se me apura el aliento.

HEMOR. Razon tienes... yo tampoco
respiro bien...

ALEJAS. Me mareo,
Hemor; volvamos al valle
y otro ambiente buscaremos.

(Al pronunciar ALEJAS las palabras «PERO ADVIERTO», nubes negras que bajan, principian á envolver todo el escenario, á medida que este vá oscureciendo, hasta ocultar completamente el telon de foro de la vista de los espectadores: esta nube perdida á un lado y otro, es sucedida sin interrupcion por otras cenicientas con claros oscuros, que cesan cuando salen de la escena los dos personages: luego bajan otras mas claras y por último muchas pequeñas, blancas y transparentes que se van evaporando hasta dejar descubierto el monte de Betlhen á todo foro.

Este monte debe ser practicable, dejándose ver en lontananza otros coronados de nieve: en la cima de aquel la ciudad de Betlhen corpórea, en cuyas casas se ven brillar algunas luces: la ciudad está cercada por la muralla, pero situada en medio de viñedos, olivos y encinas: fuera del muro el gran meson cuadrado donde pidieron hospedaje la Santísima Vírgen y San José: arrancando de este meson, y por la parte inferior de la muralla, camino practicable, por donde bajarán á su tiempo los MAGOS: esparcidas en el monte varias cabañas y alguna que otra casita corpórea de mejor condicion y á su lado árboles y arbustos: varias ruinas: el camino termina en la cueva del nacimiento, que estará escavada en la roca: un gran foco de luz de diversos colores preparado en todo el interior del escenario alumbra esta escena.)

ESCENA V.

Al verificarse la transformacion la orquesta empieza una música con motivos del himno final del drama, y aparece el monte cubierto de ángeles,—niños—brillantemente engalanados y colgados en distintos puntos, unos con espadas, otros con guirnaldas, otros con bandas, y otros con antorchas en la mano: á la entrada de la cueva dos ángeles de guardia, y tres colgados en el arco: el del centro tendrá una brillante banda en que se lea GLORIA IN EXCELSIS

DEO: en el interior de la cueva ángeles, soles y estrellas giratorias, á través de cuyo inmenso foco de luz se verán en vision las sagradas figuras del Niño Dios, reclinado en el pesebre, de Maria Santísima y San José: por los lados del pesebre asoman las cabezas la mula y el buey tradicionales.

Fuera de la cueva y en la esplanada que se forma delante de ella y á ambos lados, pastores de los dos secsos y niños de rodillas en adoracion.

Por las diferentes sendas del monte, en direccion de subir, bajar ó atravesar, pastores y pastoras, con cestas, cantarillos, aves, corderos y otras cargas: por último sobre el portal colgado, en actitud radiante y con una espada en la mano un ángel, único que habla de todos los de su clase.

La introduccion de la orquesta vá concluyendo dulcemente, y se deja oir inmediatamente una música dulcísima y algo lejana en el interior de la cueva. En el instante de verificarse la transformacion todos los pastores que van por el monte se hallan en pausado movimiento; pero cesa la música interior, principia el ÁNGEL el recitado con orquesta que entra al concluir aquella, y todo el cuadro se queda inmoble hasta la terminacion de este recitado.

ANGEL. Perdida la gracia que Dios placentero
al padre primero le dió con afan,
cediendo al pecado por tristes favores,
lloró sus dolores el mundo de Adan.

Rodaron los siglos y el hombre iracundo,
sin ver el profundo misterio de Dios,
la senda malvada siguió del pecado,
y ciego y airado del crimen en pos.

Mas Dios observando que fiero, enemigo,
de eterno castigo le envuelve el capuz,
por fin apiadado del mal que le oprime,
su culpa redime y le manda la luz.

Así las dulzuras cantar de su gloria,
que sea la historia del mundo eficaz:
á Dios, pues, la gloria que bienes encierra,
y al hombre en la tierra delicias y paz.

(Apenas termina el recitado, la orquesta variando la música preludia una larga fuga, á cuyo final los pastores de ambos secsos que están de rodillas se levantan rápidamente: y tras un momento de pausa rompe la orquesta, acompañada de todos los instrumentos propios de Navidad, como son panderos, zambombas, sonajas, rabeles, flautas, triángulos, arpas, etc., y bailan una pastorela, en cuyo principio todos los personages que circulaban por el monte, se agrupan á la falda de este para ver el baile. Terminado, vuelven los pastores á colocarse de rodillas hasta concluir el cuadro.)

(Pastores de ambos secsos cantan las siguientes coplas para el baile.)

Venid, pastores del valle,
venid de la gloria en pos
y bailad con entusiasmo
delante del Niño-Dios

Y con muestras de paz y alegria
festejemos al Dios-Redentor.

—

Bailad, de gozo inundadas,
pastorcillas de Betlhen,
que en esa cueva escondido
está nuestro dulce Bien.

Venid, pastorcitos, venid con placer
y á Cristo adoremos, al Dios humanado
que vimos nacer.

—

Mirad la cara del Niño
mas brillante que la luz;
Gloria á Dios en las alturas
y al hombre paz y virtud.

Y con muestras de bien y alegria
adoremos al Niño-Jesus.

—

ESCENA VI.

Los mismos.—REBECA,—JUSEPE,—por la izquierda, que llegan en los momentos de concluirse el baile.

JUSEPE. (Sin adelantar á la escena.)
Llegamos tarde ¡qué lástima!
ya la danza terminó.

REBECA. Tu solo tienes la culpa,
pues con tanta dilacion
y tanto rodeo, por poco
llegamos.... ¡Cuánto primor!
¡Qué brillante está la cueva!

JUSEPE. En cuanto corrió la voz,
cien pastores inmediatos
y pastoras en monton
vienen de dia y de noche
con el mas síncero amor
y con su ofrenda ó su danza
festejan al Niño Dios.

REBECA. ¿Y está allí en la cueva?

JUSEPE. Sí.

REBECA. Niño de mi corazon!
quiero verle y adorarle;
que si es mas bello que el sol
como dices, bien merece
del mundo la adoracion.

JUSEPE. Deja que algunos se vayan
y así lo verás mejor.
Mas no solo por lo hermoso
quieras verlo y con razon
sinó por venir del cielo
y ser el hijo de Dios.

REBECA. Y el Mesias verdadero
segun Isac me contó,
que era oirlo una delicia
lo mismo á él que á Jacob.
¡Divino Niño del alma
en qué pobreza nació!
(Suenan preludios de la música interior, que tocó apenas verificada la transformacion.)

JUSEPE. Calla, que van á cantar
los ángeles del Señor.

(Trémolo por la orquesta.—Por las alturas é inmediaciones de Betlhen aparece la estrella de los Magos que avanza muy lentamente de izquierda á derecha, luego desciende de igual manera, y por último se fija encima de la cueva: la música continua: un momento despues de haberse detenido la estrella, empieza dentro del portal el coro de ángeles, y apenas comenzado, aparecen los MAGOS por el camino practicable que pasa al lado de Betlhen: los MAGOS vienen montados en dromedarios y bajan muy despacio: delante GASPAR con su acompañamiento y camellos con cargas: luego BALTASAR de igual manera, y el último MELCHOR en la misma forma: al lado de cada dromedario vienen dos esclavos conduciéndolo. Cuando ya todo el acompañamiento de los tres reyes se halla á la vista del público, suponiéndose por lo tanto que ocupan casi toda la espiral que forma el camino practicable, termina el coro, que deberá graduarse para que invierta todo este tiempo, rompe la orquesta con la misma música de la pastorela y cae el telon.)

CORO DE ÁNGELES.

De los cielos—la luz vívida,
alumbrando,—con los cánticos,
á la furia—de los réprobos
aconseja—contricion.
Y del hombre—para júbilo
el acento—de los ángeles,
ya le canta—en el empíreo,
la divina—redencion.

—

Y bienes—sin cuento
dejando—el pecado,

y gloria—y ventura
le aguardan—en pos,
Si atiende—á su vida,
si olvida—el pasado,
si sigue—anhelante
la senda—de Dios.

FIN DEL CUADRO CUARTO.

CUADRO QUINTO.

Atrio del templo de Jerusalen, con dos puertas laterales y otras que se suponen altas, aunque no se vén: escalinatas con pedestales que dán paso á un piso superior con grupos de columnas practicables en forma de dos galerias, divididas por dos inmensas columnas que hay en el centro; la planta de este átrio es una cruz, colocada en forma diagonal, cuya parte superior se halla en el primer término del proscenio: en el centro otra gran escalera que lleva á otro piso mas alto, formado tambien por galerias del propio órden que describen el árbol de la cruz, y van á perderse en los últimos términos del foro, á la derecha del cual y tocando en el último bastidor hay una gran puerta cerrada que figura ser la del templo: adornos de candelabros, ángeles, jarrones etc., distribuidos convenientemente en los pilares y balaustradas: en el centro un gran pedestal con el águila de oro rota: en los muros y pedestales lápidas con inscripciones: en la parte alta del fondo ventanas transparentes por las cuales se ven encendidas las lámparas del templo.

ESCENA I.

En la primera escalera aparece—MARIA,—sentada con dos niños, uno á cada lado: en la parte baja á la izquierda,—SOBÉ,—y otra muger: esta rodeada de dos ó tres niños á quienes cubre con sus brazos: junto á la puerta de la derecha—ESTHER,—con su hijo en brazos, desolada y poniendo el oido para enterarse de lo que pasa en el esterior: á la derecha en la primer galeria tres mugeres, sentadas con niños tambien en brazos ó recostados en la falda: al pié de la escalera primera, un grupo de niños, abrazados unos con otros: en la galería superior mugeres de pié ó sentadas, todas con niños, y convenientemente distribuidas: sentada en la base de las dos columnas del centro en la primera galeria—RAQUEL—con su hijo al lado, á quien cubre con su manto, aunque de manera que se le vea el rostro: en la puerta del templo otras dos mugeres con niños.—Cuadro estudiado.—Al levantarse el telon hay el mayor silencio en la escena: hasta despues de una breve pausa no habla ESTHÉR.

ESTHER. (Con ansiedad.)
Nada se oye... ya se han ido...

ni trompetas ni patrullas...
toda la ciudad se halla
mas silenciosa que nunca...
solo percibo á lo lejos,
de vez en cuando, confusas
voces, como de personas
que sin concierto disputan.
Nada mas...
(Se retira de la puerta y se coloca al lado de la escalera.)

MARIA. Puede que Herodes
de medida tan injusta
y bárbara, arrepentido,
haya dicho que concluya
el horror de tanta sangre
que campos y pueblo inunda.

RAQUEL. Herodes? Mal le conoces:
un alma tiene tan dura
que goza en el esterminio
como en la cosa mas justa:
¿qué piedad de sangre agena
ha de tener esa furia,
cuando al matar sus tres hijos
no la tuvo de la suya?
¿Le inspiró acaso su esposa
compasion? Decid,—ninguna:
Y por celos! un pretesto
para romper la coyunda.

ESTHER. Pero no fueron legítimos?

RAQUEL. ¿Y quién de ello te asegura?
celos!... ¡mal haya los celos
que en la verdad no se fundan!
Descuidad; no será Herodes
quien la barbárie rehuya:
si á este sitio no se atreve,
no ha de ser porque se ofusca
enmedio de la matanza
que horror y miedo acumula,
sino por respeto al templo
que á nuestros hijos escuda.
Antes de acojernos, hice

con Zacarias consulta,
y el anciano sacerdote
por cuyas megillas surcan
lágrimas de desconsuelo
al ver mortandad tan ruda,
díjome:—«Al átrio del templo
no penetrará la impura
cuchilla de los verdugos:
vé, pues, y allí te refugia.
Y aquí estamos y estaremos
hasta que pase la lucha;
y cuando Jacob me avise
—que es en la calle mi ayuda,—
que ha terminado esa infamia,
podremos salir seguras.

ESTHER. ¡Pobres madres desoladas!...
cuánto grito! cuánta angustia!...
hoy es Judea un estanque
de lágrimas!...

RAQUEL. Si amarguras
tiene Jehováh preparadas
para el crímen y la culpa,
ès imposible que Herodes
en el horror no se hunda.

MARIA. Pero ¿qué causa, qué causa
será la que así le impulsa
á un esterminio tan fiero
como no se ha visto nunca?

RAQUEL. Liviandades de su alma;
sed de sangre que le apura;
al terminar un banquete
en que su brillo deslumbra,
harto ya de las viandas
y del placer que le abruma,
á sus esclavos obsequia
con cabezas de criaturas.

ESTHER. Adonái le contenga
y en él su piedad influya.

RAQUEL. (Alarmada.) ¿Ois pasos?...

ESTHER. (Corre á poner el oido en la misma puerta.)
Muy á lo lejos...

(Mirando por la cerradura.)
la galería está oscura...
¿vendrán?...

MARIA. El cielo me ampare!

(Todas las mugeres empiezan á moverse demostrandò sobresalto y agitacion.)

RAQUEL. Que no se mueva ninguna...
silencio...

ESTHER. Es un solo hombre,
que en la tiniebla confusa
no distingo... ah! es Jacob...
tal vez nos traiga fortuna.

ESCENA II.

Las mismas,—JACOB,—que entra, y observa si alguien le sigue—y cierra.

(RAQUEL deja el niño en el lugar en que estaba sentada y baja precipitadamente á su encuentro: tambien se le acercan ESTHER, MARIA y las mugeres mas próxímas: las demás ponen el oido con ansiedad.)

JACOB. No me han visto... ni recelo
que sospechas les infunda...

RAQUEL. Habla, Jacob, ¿qué sucede?

JACOB. Aun los germanos se agrupan
en las afueras del templo,
y maldicen y murmuran:
Alejas y Hemor del rey
esperan órden sin duda;
y en tanto aquí los soldados
ansiosos de sangre, bufan.
Fieras! y llevan matados,
segun la gente calcula,
catorce mil...

(Las mugeres hacen una demostracion de dolor, ahogando un grito.)

esos campos
están cuajados de tumbas.

Aquí una madre anhelante
pálida y temblando junta
los despojos de su hijo,
y amorosa los sepulta:
allí otra pide á los cielos
venganza pronta y segura
de tal infamia; aquí otra
tuerce los brazos de angustia:
gritos, lamentos, dolores
en todas partes se escuchan...

RAQUEL. Oh! calla, calla...

JACOB. Y los hombres
doblando la frente ruda
ante el poder, ni siquiera
han intentado la lucha:
amenazados de muerte
ni aun por sus hijos la buscan.

RAQUEL. Si los hombres fueran madres
(Arranque brioso.)
no temieran á esa turba,
solo un hombre de aquí falta
porque el cielo no le ayuda.
Y mi Isac?

JACOB. Muy apenado:
le mengua la calentura.

RAQUEL. ¿Quién le acompaña?

JACOB. Jusepe.

RAQUEL. Y sabe de mí?

JACOB. Pregunta
alguna vez, y agobiado
en el delirio se abruma.

RAQUEL. Y yo lejos de él ahora...
pero su hijo me escusa.
Jacob, á tu puesto vuelve;
mucha precaucion y mucha
prontitud para avisarnos
en cuanto el riesgo concluya.
No puede ser, yo no creo
que al templo sagrado suban
y lo profanen verdugos,
y que esto Jehováh lo sufra.

JACOB. No se atreven, no se atreven:
hasta el mismo Herodes duda.
El cielo os puso en la mente
salvaguardia tan segura:
Pontífice y sacerdotes
su proteccion os anuncian,
y este sagrado rechaza
de los soldados la furia.

RAQUEL. Lo mismo creemos todas;
pero entretanto no huya
el peligro, te suplico
que á nuestra desgracia acudas.
Vé, Jacob, y que los cielos
nos den ya mejor ventura.

JACOB. (Yéndose.)
Creo que pronto quedaremos
en tranquilidad profunda...
(Desde la puerta.)
pero tened gran silencio;
que ni una voz importuna
les recuerde que aquí tienen
(Las mugeres le ofrecen por señas su silencio.)
la presa que les impulsa.
Silencio!...
(Vase cerrando la puerta con sigilo.)

ESCENA III.

Las mismas menos—JACOB.

(RAQUEL vá á mirar por la cerradura de la puerta poniendo el oido.)

RAQUEL. Allá vá... su celo
(Se aparta.)
no pagaremos bien nunca....
ánimo, pues, y aguardemos
muy pronto mejor fortuna.
El sosiego que se nota
en Jerusalen, me anuncia

que ha calmado del tirano
la sed de sangre iracunda.
Volvamos á nuestros puestos,
y tú, Esther, cual siempre aguza
el oido, y que por lo menos
el bien en tí se traduzca.
(Todas las mugeres vuelven á ocupar el sitio que al empezar el acto.)

ESTHER. Poco valor ya me queda:
es tan vehemente y profunda
la zozobra que me agita,
que en vano mi voz la oculta:
el mas pequeño ruido
cual nuncio de mal, me asusta;
y si de inquietud tan grande
aun mucho las horas duran,
va á acabar con mi existencia
el miedo que la atribula.

MARIA. Imposible es que en el mundo
haya habido quienes sufran
como nosotras...

RAQUEL. Silencio!..
(Señalando á la izquierda.)
Esther... no sientes confusas
pisadas...
(Mucha pausa y mucha angustia en los siguientes versos.)

ESTHER. (A la izquierda.) Y se aproximan...
y mas cerca se apresuran...
son dos hombres... me parece...
soldados!!... no tengo duda...
(Retirándose de la puerta.)
(Al decir esta palabra, algunos niños, los mayores, tratan de refugiarse detrás de las mugeres, estas sin levantarse del todo, se elevan un poco en actitud de cuidado.)

RAQUEL. (A media voz.)
Acaso pasen de largo...
(Todas con la vista en la puerta y demostrando el mayor terror.)
Veis?.. se alejan...

ESTHER. ¡Oh fortuna!
(Acercándose de nuevo á la puerta y poniendo el oido.)
Nada se oye... me parece...
mal haya tanta amargura!!...
(Abrese repentinamente la puerta y con la misma rapidéz entra y se presenta ALEJAS seguido de HEMOR: las mugeres no pueden contener un grito involuntario, unánime y general, poniéndose simultáneamente de pié, unas guareciendo á sus hijos con su cuerpo; otras envolviéndolos en sus mantos, pero tomando todas una actitud amenazadora: los niños que pueden andar, se han refugiado detrás de las balaustradas, columnas ó pedestales: nuevo cuadro de estudio y cuidado que se deja ver un momento en el mayor silencio: RAQUEL se precipita á la escalera; pero al ver que la puerta se cierra violentamente tras los personages que han entrado, empieza á bajar pausadamente: entrega su hijo á la MUJER 1.ª, arroja el manto al pié de la escalera y desciende hasta el proscenio: en toda esta escena debe haber la pausa y el colorido necesario de terror imponente y magestuoso.)

ESCENA IV.

Los mismos.—ALEJAS,—HEMOR.

ALEJAS. (Entrando rápidamente por la izquierda y con voz fuerte.)
Madres de Judá!...
(Grito unánime: figuras inmobles: ALEJAS avanza lentamente sin dejar de mirar á RAQUEL que baja: cuando está á su lado continúa.)
Raquel...
¿Por qué aquí tambien?... tú en esta
medida debias creerte
una escepcion de la regla:

asi es que no hallo razon
para que caudillo seas
de estas mugeres, que acaso
otro tal por tí no hicieran.

RAQUEL. Salvo ó no en esta matanza
mi hijo, que eso es problema,
yo madre, he debido unirme
á las madres de Judea
para pedir á los cielos
que pios nos favorezcan:
no juzgué libre á mi hijo;
mas á tener la evidencia,
nunca hubiera yo dejado
solas á mis compañeras;
y no para acaudillarlas,
que son débiles mis fuerzas,
sinó para en ese trance
llorar su dolor con ellas,
(Acercándose y con altivez á media voz á ALEJAS.)
y manifestar á Herodes
que era estéril su indulgencia,
si pretendía cambiarla
por esperanza ó promesa.

ALEJAS. Pues bien, descansad tranquilas
que desde este punto cesa
la degollacion; el rey,
su intencion ya satisfecha,
perdona á todos los niños
que en ciudad y campos quedan,
y mas á los que en el templo
guarecieron su existencia;
(Se deshace el cuadro: las mugeres besan y abrazan á sus hijos con el mayor entusiasmo, acercándose á las escaleras.)
libres sois, pues, y podeis
volver á vuestras viviendas
sin recelos ni cuidado:
Hemor, deja las dos puertas
espeditas á su paso
y que salgan cuando quieran.

(HEMOR abre la de la derecha, luego la de la izquierda y permanece en este lado: algunas mugeres manifiestan deseo de salir: RAQUEL las contiene con una mirada.)

RAQUEL. (Con intencion.)
¿Conque dices que perdona
el rey?

ALEJAS. Su palabra empeña.

RAQUEL. ¿Y á quién perdona?

ALEJAS. A los niños.

RAQUEL. Pero el perdon dice ofensa
anterior, y no la ha habido.

ALEJAS. Mucho la cuestion sondeas:
Llámalo como te plazca;
pero estais libres.

RAQUEL. ¿De veras?

ALEJAS. Si dudas de lo que digo
bastará con que comprendas
dos cosas: que esa medida
á Jerusalen liberta
y en ella estais; y que el templo
es sagrado.

RAQUEL. ¿Y quién me niega
que al salir con nuestros hijos
haber en las calles pueda
ó en las puertas ó en el campo
soldados que nos sorprendan?

ALEJAS. Mi palabra y la del rey.
Salid y vereis mi oferta...

(ESTHER, SOBE y algunas mugeres han bajado á la derecha, junto á RAQUEL, de modo que entre todas cubran la puerta de este lado: otras mugeres permanecen todavia dudosas en las escaleras y galerías.)

ESTHER. (Salimos?) (A Raquel.)

RAQUEL. (Idem.) (Todavia no;)
Pues bien, si podemos, sea.
Pero si aquí nos afirmas
que ningun riesgo nos cerca,
y que al salir nuestros hijos
segura la vida llevan,

no tendrás dificultad
en darnos de ello una prenda...

ALEJAS. Cuál?

RAQUEL. Tu acero... como signo
de paz y verdad en prueba.

ALEJAS. Yo no debo despojarme...

RAQUEL. Rehusas?..

ALEJAS. (Con resolucion.) Toma.

RAQUEL. (A las mugeres.) Vamos fuera.

ESTHER. Salimos? (A Raquel.)

RAQUEL. (Rápido á Esther.) Yo iré á su lado
y apenas peligro advierta,
lo mato. (Mostrando la espada.)

ALEJAS. (Rápidamente y con disimulo á Hemor.)
(Me ví obligado:
colócate detrás de ella
y al salir fuera le quitas
el acero.)
(Sigue hablando con Hemor con el mayor disimulo.)

ESCENA V.

Los mismos.—JACOB—que entra muy agachado por la derecha y cubriéndose con las mugeres: llega y se coloca detrás de RAQUEL y le dice rápidamente.

JACOB. No lo creas:
centuriones y germanos
emboscados os esperan:
no salgais de modo alguno
que la traicion os acecha.
(Vase de igual modo que entró.)

ESCENA VI.

Los mismos,—menos—JACOB.

(RAQUEL, MARIA, ESTHER y SOBÉ no pueden contener un grito ahogado.)

LAS CUATRO. Ah!

ALEJAS. (Volviendo la cara rápidamente.)
Qué?

RAQUEL. Nada... conveníamos
en que es tu alma sincéra,
y por lo tanto que estamos
todas á salir dispuestas:
pero por no ser objeto
de miradas indiscretas,
he pensado que se vayan
solas, y por ambas puertas;
y en tanto, yo aqui me quedo
para salir la postrera,
y me quedo con los niños,
(Mucha intencion.)
hasta que sus madres vuelvan
por ellos, ó Zacarias
á los sacrificios venga.

ALEJAS. No puede ser; es preciso
cerrar el templo.

RAQUEL. ¿Se cierra?
cuando?

ALEJAS. Eso á tí no te importa.

RAQUEL. Y tú ¿por qué así te empeñas
en que salgamos ahora?

ALEJAS. Porque Herodes os lo ordena.

RAQUEL. Pues no salimos.

ALEJAS. Raquel!
no agotes mas mi paciencia.

RAQUEL. Alejas, no nos engañas.

ALEJAS. Pues que asi lo quieres, sea.
(A Hemor.)
Entren aquí centuriones.
(Hace una señal á Hemor que atraviesa y sale por la derecha.)
(A la puerta de la izquierda llamando.)
germanos, no haya clemencia,
arrollemos hasta el templo
y que en el templo perezcan. (Sale.)

ESCENA VI.

Suenan trompetas, voces y murmullo fuera.—Desolacion completa.—RAQUEL se avanza sobre su hijo que coje en el brazo izquierdo, esgrimiendo en la derecha el acero de ALEJAS.—ESTHER—y—MARIA—ván á escapar por lá puerta derecha, lo mismo que—SOBÉ—y otras mugeres por la de la izquierda cuando penetran soldados por las puertas bajas y altas, menos la del templo, en el mayor desórden, quedando unos con los personages del proscenio y subiendo otros á las diferentes galerías: los niños que pueden correr, se amparan tras de los pedestales ó columnas llorando y gritando: otros se guarecen detrás de las mugeres: un soldado forcejea con ESTHER por quitarle á su hijo; pero ella le defiende, pretendiendo ahogar con una mano al soldado:—MARIA de rodillas pide á un centurion que no mate á su hijo que le ha quitado: vá á desnudar el acero y al amagarlo, oye lo que dice MARIA, duda y le arroja el niño á los brazos y sale de la escena:—SOBÉ lucha al pié de la escalera con otro soldado, avanzándose á él y mordiéndole en un hombro: al mismo tiempo llega un niño de los mayores, dá por detrás algunos puñetazos al soldado y escapa á esconderse tras una columna: arriba varios grupos de soldados luchando con las mugeres, unas rogando con los brazos abiertos y en el mayor desórden, otras de rodillas: los soldados empujan á unas, quitan á otras los niños y corren con ellos fuera de la escena: una muger baja desolada huyendo de un soldado que la persigue, sale corriendo y el soldado detrás: varios niños huyen por las puertas: arriba una muger cae desmayada: un soldado forcejea con otra queriendo arrancarle su hijo que defiende valerosamente: se lo quita por fin y la arroja airado sobre el pavimento: en las balaustradas y pedestales ó en el suelo quedan algunos mantos y chias de las mugeres: en medio de este cuadro imponente se vé á RAQUEL delante de las columnas del centro, peleando con un soldado, á quien acosa con el acero: por último llega este al primer escalon alto, pierde el equilibrio y rueda por la escalera, á cuyo pié se levanta y sale: otro soldado se le interpone, lucha con ella, y batiéndose á sablazos bajan juntos la escalera, ella persiguiéndole y al llegar abajo le clava el acero: el soldado tira el suyo, se pone la mano

sobre el corazon, dá algunos pasos, y cae muerto en la puerta derecha, de modo que lo vea caer el público, pero quedando fuera de la escena: este episodio tiene lugar cuando ya todos los soldados, mugeres y niños han ido saliendo; de manera que solo queden en el escenario RAQUEL luchando con el último soldado. Los diferentes y mas señalados sucesos que se esplican en esta nota tendrán lugar á medida que los vaya marcando el diálogo; pero no por eso perderá el cuadro su colorido general de confusion, gemidos, gritería, llanto, desórden y consternacion.

RAQUEL. Ah! mi hijo!
MARIA. El mio!
SOBÉ. Y el mio!
RAQUEL. Verdugos!
ESTHER. Por esta puerta...
ah! que los matan...
(Ahora entran todos los soldados.)
RAQUEL. Infames!
MARIA. Piedad!
ESTHER. Socorro!
MUGER 1ª Las fuerzas
me abandonan...
MUGER 2ª No lo mates...
ó mátame á mí...
(Detrás del soldado y sale.)
MARIA. ¡Clemencia!
compasion! si tienes madre...
oh! te lo pido por ella,
no mates al pobre niño...
SOBÉ. No quiero... valor me resta
para luchar...
MARIA. Ah! Dios mio!..
(Sale con el niño.)
SOBÉ. Oh! no habrá quien nos defienda...
MUGER 1.ª (Salen luchando.)
Piedad Dios mio, dejadme...
(Sale corriendo delante del soldado.)
MUGER 2ª Mal corazon, alma negra!
ah! (Con un grito al caer empujada por el soldado: luego sale desolada.)

RAQUEL. Verdugos! al infierno...
(Cae y rueda el soldado por la escalera.)
ESTHER. No, no, piedad... se lo llevan
(Sale detrás.)
RAQUEL. Otro!.. (y los demás se han ido...)
valor... para ti... me queda...
(Le clava la espada y vá á caer fuera de la escena.)
(Desde que dice RAQUEL «AH! MI HIJO!» hasta este verso dura el cuadro de desolacion: pero todo él debe ser tan rápido que todos los personages hablen á un mismo tiempo: de manera que no debe pasar de un minuto la escena de confusion, desde que entran los soldados hasta que salen con madres y niños.)
lo he matado... pero mi hijo...
(Convulsa.)
vive!.. (Sollozando.) en salvo!..
(Besándolo con mucha agitacion y sollozos.)
Dios me premia...
no sé como se ha librado...
el temor... (Sonido de trompetas fuera.)
esas trompetas...
(Variando de tono y ocultando á su hijo.)
vuelven quizá?.. ¡qué agonia!..
no... me parece... se alejan...
se alejan, si... pues entonces...
es que se van... y esas puertas
cerradas... (Llega á una y otra sucesivamente, segun lo indica el verso.)
nada se oye...
con las almas satisfechas
se irán, de haber desgarrado
vidas de amor placenteras...
tampoco por este lado...
y estoy sola... todas ellas
estarán ahora llorando
la inmensidad de sus penas...
Oh! Jehováh me ha protegido:
tras esa lucha funesta
lo miro y vuelvo á mirarlo (A su hijo.)
y el júbilo me enagena...

(Sigue besando á su hijo con repeticion y entusiasmo, sentada en el primer peldaño de la escalera.)

ESCENA VII.

Pausa.—Abrese la puerta del templo y aparece—HERODES, —seguido de cuatro soldados tracios que se colocan delante de la misma puerta, la cual queda cerrada.—RAQUEL,—HERODES,—soldados,

HERODES. (Observando todo el átrio.)
Los despojos de la lucha!..
esto me demuestra al cabo
que ha sido el soldado bravo
y la resistencia mucha...
(Avanzando muy lentamente.)
Así tendrán un ejemplo
al ver mi severidad,
que para mi voluntad
no está libre ni aun el templo. (Pausa.)
(Baja á la segunda galería del átrio.)

RAQUEL. Siento pasos... si la grey
de verdugos!.. (Levantándose.)
no me engaño...
pasos son y por mi daño...
¿quién vendrá?...

HERODES. Raquel!

RAQUEL. El rey!!
(Aprovechando la lenta bajada del rey, oculta RAQUEL precipitadamente á su hijo detrás de un pedestal.)

HERODES. (Qué habrá ocultado?... es el niño!..)

RAQUEL. (Creyendo que HERODES no ha notado su accion procura tranquilizarse y aparentar serenidad.)

HERODES. (Abajo.) Tú en el atrio todavia?

RAQUEL. Si... señor... en él... cumplia
un deber de mi cariño.
Pues al llanto nos condenas...
dando á nuestros hijos muerte...
sola... dejóme mi suerte
y aqui lloraba mis penas.

HERODES. (Desentendiéndose.)

Tú, escepcion de mi mandato,
puedes calmar tus dolores,
si me inclinas los favores
de tu corazon ingrato.

RAQUEL. Mi dolor es tan prolijo
que ya consuelos no escucha.

HERODES. Por qué?

RAQUEL. Porque en esta lucha....
tambien han muerto á mi hijo.

HERODES. Pero... ¿lo sabes de cierto?...
y sí acaso se ha librado
(Todo con mucha intencion.)
y lo tengo preparado
para un cambio?

RAQUEL. (Alarmada y sin dejar de observarlo.)
No... lo han muerto.

HERODES. Pues bien: supon que de aquí
de tus brazos lo arrancaron
y á palacio lo llevaron
y que yo lo tengo allí.

RAQUEL. Señor... si no puede ser...
delante de mi... aquí mismo...
con el mayor rigorismo...
pedazos... lo ví yo hacer...

HERODES. Te engañó tu fantasía
y yo devolverlo puedo
á tus brazos; mas si cedo
cede al par en tu porfía.
Escoje: tu hijo y mi trono
y con él vida y riqueza;
ó si aun das en la aspereza,
la muerte y el abandono.

RAQUEL. Señor, desiste; en mi duelo
que es por desgracia profundo,
no me quedan en el mundo
mas que llanto y desconsuelo.
Mi esposo enfermo; mi hijo
muerto por tus centuriones...

HERODES. Aun sigues en tus razones?

RAQUEL. Pero, señor, si es lo fijo...
me lo han matado!

HERODES. No cedes!...
RAQUEL. Y qué he de hacer si lo lloro?
HERODES. Ya vés que tambien imploro!...
RAQUEL. Preguntárselo á ellos puedes.
HERODES. Pues no te logro vencer
mi deseo ha terminado...
aquí, tracios, á mi lado!
RAQUEL. (Ahogando un grito y haciendo hácia el pedestal un movimiento involuntario.)
Ah!.. señor... ¿qué vas á hacer?
HERODES. No alcanzando por quien soy
(Muy despacio.)
que mi cetro te deslumbre,
llamo, como de costumbre,
á mis guardias, y me voy...
(Los tracios han bajado, colocándose detrás de HERODES.)
Soldados! haced de suerte
(Marcando las palabras.)
que no se embote el puñal:
detrás de aquel pedestal (Rápido.)
hay un niño: dadle muerte.
(RAQUEL dá un grito, vuélvese con rapidéz y se avanza al pedestal para cojer á su hijo; pero mas rápidos que ella los tracios, la sugetan entre dos, mientras los otros dos salen con el niño por la puerta izquierda: cuando esto ha sucedido, los otros la abandonan y salen tambien: durante la siguiente redondilla hay un momento de lucha entre RAQUEL y los soldados.)
RAQUEL. Ah! ah! mi hijo... no me subyugo...
atrás, turba envilecida...
antes quitadme la vida...
cobarde, infame, verdugo...
(Vuélvese desfallecida y al ver en la puerta que los soldados se llevan al niño dá un nuevo grito: viene á la escena y encarándose con el rey y en un ímpetu de delirio, esclama:)
Mi hijo, mi hijo, tirano!!
maldita de Dios tu ley!...
voy á arrancarte, villano,

el torpe aliento inhumano...
ah! (Avalanzándose á él rugiente de locura.)

HERODES. (Con mucha altivez.)
Raquel, que soy el rey!!...
(RAQUEL se detiene: se pasa la mano por la frente, y destrenzándose el cabello, principia el parlamento con la mayor energia, como inspirada y reaccionándose completamente.)

RAQUEL. Herodes!!... pues bien; escucha
de mis labios tu sentencia;
y si tu maldad es mucha
tiembla ya, que en esta lucha
soy aquí tu Providencia.
Tiembla, esclavo coronado;
que en tu ambicion engreido,
no eres del Señor ungido,
ni el rey digno del Senado
ni del pueblo el elegido.
En vano rudo y ardiente
por tu pasion arbitraria
te juzgas omnipotente,
que es un baldon en tu frente
tu corona tributaria.
Un laurel en sangre tinto,
sarcasmo vil de tu sólio,
cojido en el laberinto
del idólatra recinto
del inmoral Capitolio.
Asesino de Mariana,
has sembrado tanto duelo
con tu soberbia villana,
que ya tu planta profana
afrenta al mundo y al cielo.
Los fariseos activos
tu débil poder barrenan
con los árabes altivos:
y te maldicen los vivos
y los muertos te condenan.
En vano el mal que te inspira
los instintos inclementes
y que á tu daño conspira,

ha degollado inocentes...
uno se ha salvado... mira!

(Trémolo por la orquesta mientras pasa la vision. —Se ha descubierto la parte superior del templo: en la cima de un monte nevado y por un camino practicable, los rayos del sol poniente proyectan entre gasas, las tres sagradas Figuras que constituyen la Huida á Egipto, precedidas del ángel: cuando la vision ha pasado de izquierda á derecha, se cierra de nuevo la decoracion en la forma que estaba.)

HERODES. (Al verla aterrorizado.)
Un niño!! (Pausa hasta que pasa la vision.)
Tracio!.. germano!..
(Al desaparecer la vision.)
pese á mi destino adverso,
corred, matadlo...

RAQUEL. Es en vano:
que ese Niño es soberano;
es el rey del universo...
El Mesias adorable
de tus liviandades yugo;
juez que será inexorable,
de Herodes el implacable,
del rey tirano y verdugo...

(De pronto dá un grito y poniéndose la mano alternativamente en el corazon y en la frente y apoyándose en el pedestal esclama:)

Ah!.. se me acaba la vida...
pero la tuya de horrores
infame... y aborrecida...
pronto la verás perdida...
entre miseria y dolores...
(Cae desplomada.)

HERODES. Raquel!!. muerta!!. si el misterio
(Con arranque frenético.)
de ese poder me derrumba,
antes haré en el imperio
cada pueblo un cementerio;
cada palacio una tumba.

FIN DEL CUADRO QUINTO.

CUADRO SESTO.

Suntuosa cámara de Herodes, que dá paso á otra mas pequeña donde tiene el lecho qué es de forma romana: en cada ángulo hay una columna envuelta en tapices y colgaduras; las paredes cubiertas de armas, escudos y efectos de guerra: la cámara principal es una seccion de un ecságono, y la del lecho una pequeña rotonda: todo el riquísimo adorno de esta estancia es egipcio: muro compacto á la izquierda: una lámpara alumbra la escena.

ESCENA I.

HERODES con los vestidos algo desordenados, se halla sentado en la rotonda, en un riquísimo divan y con la cabeza reclinada en el lecho:—HEMOR—á la puerta de pié contemplándolo:—
ALEJAS.—que entra por la derecha.

ALEJAS. (A media voz.) ¿Duerme?...
HEMOR. (Bajando, id.) No sé: hace tres dias
que errante vaga intranquilo
por palacio, y á menudo
se detiene pensativo.
Medita breves momentos;
palidece y dá un suspiro,
y torna á sus reflexiones
y vuelve á andar indeciso.
Mas que en proyectos, parece
que se preocupa en delirios.

ALEJAS. Desde el degüello en el templo
apesarado le he visto,
y lo atribuyo á la muerte
de Raquel: y no concibo
si el rey la mató, cual piensan
los tracios que á su servicio
fueron, porqué este silencio,
ni de su muerte el motivo.

HEMOR. Nada se sabe:... de entonces
cayó en este parasismo
que en insomnio permanente
y en distraccion le ha sumido:
no permite hablar con nadie...

ALEJAS. Oh! seguro, ni aun conmigo.

HEMOR. Y se agita en sus ideas
que ya son un laberinto.
Alguna vez se estremece
tembloroso y convulsivo,
y se escapan de sus lábios
conceptos que no adivino.
Hace unos instantes, presa
de algun recuerdo maligno
murmuró... «te queda poco
de vida... yo te maldigo...
verdugo!.. esclavo!..» y no sé
á quien con este delirio
amenaza ya de muerte;...
luego recae en lo mismo
y ó se levanta abismado
ó se sienta distraido.

ALEJAS. Es estraño... nunca ha estado
tan ceñudo... y ese edicto
que ha mandado publicar
en todo el reino... me admiro...
no sé qué objeto...

HEMOR. Tampoco
yo, y por cierto que me dijo
con mucha altivez,—«cuidado
que no se quede en olvido
ni un pueblo, ni una comarca,
ni el mas pequeño recinto,

donde no sea en breve tiempo
mi mandato conocido...

ALEJAS. Y no sé qué será mas;
si misterioso ó conciso:
«que dentro de quince dias,
sin faltar al plazo fijo,
en Jericó se reunan
los principales judios
del reino, y los sacerdotes
y príncipes y caudillos
para noticiarles cosas,
que exijen grande sigilo
hasta entonces, y que son
de interés importantísimo...»
No dice mas; y el secreto
de esta junta no adivino:...
No ha venido órden de Roma...
en Galilea no hay conflicto
ostensible... en la ciudad
todos parecen tranquilos...
No comprendo...

HEMOR. El resultado
aun lo reserva en su juicio:
veremos cuando se cumpla
el plazo, con qué motivo
ha juntado á tanta gente;
á menos que por indicios
ó confianza, lo sepa
antes de eso el favorito.

ALEJAS. Lo sabrás, si me lo dice.
Silencio!..

HEMOR. Vuelve al delirio:
¿lo oyes?

HERODES. (Soñando.) Juez... inexorable!..
verdugo!... rey!... asesino!...

HEMOR. Siempre frases incoherentes
y recuerdos de esterminio.

HERODES. (Idem.)
Tu muerte... ya se aproxima...
Horror!.. miseria!..

HEMOR. Lo mismo:

siempre la fatal idea:
la amenaza... es un martirio
verdadero: y asi pasa
horas en dolor sumido:
(Bajando la voz.)
juzgo que si continúa
sin tomar sesgo distinto
la pesadilla, se muere
muy pronto.

ALEJAS. Tambien lo opino:
pero... calla! me parece
que despierta... se ha movido...
si pudiéramos con tacto
apartarle del nocivo
pensamiento que le acosa.

HEMOR. No hallo fácil el camino.

ALEJAS. Se levanta... ¡qué abrumado
y pálido y pensativo!..

HERODES. Hemor!

HEMOR. (A la puerta.) Señor, aquí estoy,
como siempre, á tu servicio.

HERODES. (Saliendo lentamente.)
Ah! la frente se me abrasa...
Alejas... Hemor... ¿has visto
qué poco duermo?..

HEMOR. Muy poco.

HERODES. Tengo sed... ¿ha anochecido?

HEMOR. Si señor.

HERODES. ¡Cuanto silencio!
Me pasma el rigor del frio!

ALEJAS. ¿Por qué no sales al campo
y en distraccion y ejercicio
procuras dar á tu alma
otro ambiente? tú que has sido
ginete de tanto esfuerzo,
tal vez hallarás alivio
á caballo, mejorándote
con el movimiento activo.

HERODES. Inútil es todo empeño;
escaso de fuerza y brios
voy poco á poco acercándome...

ah! ¿se publicó el edicto?

HEMOR. Si señor, como mandaste.

HERODES. En todo el reino?

HEMOR. Han salido
oficiales encargados
y á todos dije lo mismo.

HERODES. Cuidado que no se olvide
valle, ni pueblo, ni risco
donde no se den pregones
diciendo su contenido.

ALEJAS. Por cierto que se preguntan
con ansiedad los judíos
para qué los querrá Herodes
en Jericó.

HERODES. Son caprichos.

ALEJAS. Pero aunque forman mil cálculos
ninguno sabe lo fijo.

HERODES. Ni lo sabrán: á vosotros
os lo diré,
(Mirando á todos lados con reserva.)
porque adictos
sois los dos á mi persona
y en vuestra lealtad confio...
ademas como en su dia
egecutar es preciso
mis órdenes, os encargo
la egecucion y el sigilo...
oidme;... mi muerte se acerca...

ALEJAS. Señor, deja el desvario
y piensa solo en la vida.

HERODES. Me lo han dicho... me lo han dicho...
y no le temo á la muerte;
es el término previsto...
Pues bien; un rey de mi alteza
no debe hallar fin mezquino,
sino ser por todo el pueblo
inmensamente sentido,
(Mucho colorido de intencion, y maldad é hipocresía en todo este diálogo.)
demostrando en luto público
y en lágrimas su cariño.

Yo pienso... y no sé, del reino
por qué soy aborrecido:
he encumbrado á muchos hombres,
no he hecho mas que beneficios,
he protegido las artes,
las industrias con ahinco,
he dado poder, riqueza,
al que poder y oro quiso...
y yo no sé... me aborrecen
y el ódio es tan positivo
que el dia en que yo me muera
será el júbilo infinito:
y eso no...

ALEJAS. Señor, desiste
de una idea...

HEMOR. No hay motivo...

HERODES. Lo sé... lo sé... y me sublevo
cuando me formo este juicio:
por eso he pensado un medio
que allana todo camino
á mi propósito... oidme
y os vuelvo á encargar sigilo.
Si muriese antes del dia
que dá de plazo el edicto
será poca diferencia:
si despues, con regocijos
en Jericó hasta ese instante
deteneis á los judíos:
muero yo, y con el pretesto
de proclamar al rey digno
sucesor de mi corona
que ya dejaré elegido,
los convocais al hipódromo;
y juntos en este sitio,
mueran todos á flechazos
sin que me quede uno vivo...
Así á la muerte de Herodes
se enlutarán el vestido
las principales familias
y verterán llanto á rios.
Así al espirar el rey

no habrá júbilo infinito
y el recuerdo de mi nombre
no será pobre y mezquino...
¿Me jurais obedecerme?
Ya veis que hacerlo es preciso.

ALEJAS. Señor, no hables de la muerte
y abandona ese designio.

HERODES. No.

HEMOR. Desiste por tu vida
que apreciamos.

HERODES. No desisto:
juradme aquí la obediencia,
y sinó...

ALEJAS. Queda tranquilo:
te obedeceremos.

HERODES. Cuenta
que han de ir allí los mas ricos,
los principales... á esos...
que mueran todos.

ALEJAS. Me obligo
á ejecutar tu mandato.

HERODES. Hemor .. y tú?

HEMOR. Yo lo mismo.

HERODES. Pues bien.. ahora dejadme
que medite en mi destino.

ESCENA II.

HERODES.

Yo creo que fué ilusion
lo del niño aquel que huia
hija de mi fantasía
turbada por la ocasion.
Si los magos no han venido
claro es que no lo encontraron;
y pues que no me avisaron
prueba de que no ha nacido.
Hasta aquí mi padecer
es vano con evidencia;
del niño por consecuencia

nada tengo que temer...
Pero Raquel!.. al morir
me echó en cara mi pasado...
y por mi presente airado
condenó mi porvenir.
Mas ella... pobre muger!
su sentencia es ilusoria...
lo que hable de mi la historia,
eso quisiera saber.
Sin embargo, me estremece
su tremenda profecía:
que muy pronto moriría!!
y dijo mas... me parece...
que la estoy viendo... iracunda
por la muerte de su hijo...
antes de morir... me dijo
con voz terrible y profunda...
No me acuerdo... en su agonía
tambien se turbó de suerte...
que si me anunció la muerte
no cuándo y cómo sería...
Me dijo... en la mente impreso
lo tengo... y no lo coordino...
¡Memoria!.. que mi destino...
quebranto... penas... no es eso...
Dijo...

(El muro de la izquierda modela rápidamente la figura de RAQUEL: sale esta á la escena, y vuelve á quedar el muro como estaba.

RAQUEL con los ojos cerrados, túnica suelta de gasa blanca: cabello tendido, una sencilla y pequeña corona de laurel sobre las sienes, y una varita de oro en la mano, adelantándose lentamente.)

ESCENA III.

HERODES.—RAQUEL.

RAQUEL. (Con acento solemne y profético.)
Tu vida de horrores

infame y aborrecida,
pronto la verás perdida
entre miseria y dolores.

HERODES. (Aterrado.)
Raquel!... mi mente se asombra!..
esas fueron sus palabras...
Raquel! vives, y aun me labras?..

RAQUEL. No soy Raquel, soy su sombra.
Oyeme,—pues iracundo,
dudando de mi sentencia,
quieres saber con vehemencia
lo que de tí dirá el mundo;
cuando ya el mal te derrumba;
para decirte tu suerte
y la forma de tu muerte,
me levanto de la tumba...
¿Quieres saber con empeño
cuál dice que es infalible
tu pasado?...

(RAQUEL ha avanzado lentamente hácia la pared del foro y tocando en ella con su vara, cerca de la rotonda, se transparenta súbitamente en letras grandes la palabra HORRIBLE.)

RAQUEL. (Tocando con la vara.) Mira!

HERODES. (Estremeciéndose.) Horrible!!

RAQUEL. No es un pasado halagüeño.
¿Quieres ver cómo tu impura
ley hace que hoy mismo llame
tu presente?... Mira!

(Vuelve á tocar al lado y aparece la palabra INFAME.)

HERODES. Infame!!

RAQUEL. No es presente de ventura.
¿Quieres saber de la historia
qué en tu porvenir ha escrito?
Pásmate y mira!

(Toca otra vez y aparece la palabra MALDITO.)

HERODES. Maldito!!

RAQUEL. No es un porvenir de gloria.

(RAQUEL vuelve á su sitio.)

Ya tienes el desengaño

de lo que fué y es tu suerte...
ahora te diré tu muerte:
morirás dentro de un año;
y en esta corta medida,
de miserias un enjambre
y gusanos, lepra y hambre
acabarán con tu vida.

HERODES. (Aterrado.)
Ah! no... que eso es inaudito!!
hambre... gusanos... deshecho...
antes yo mismo en el pecho...
(Haciendo la accion de clavarse un cuchillo.)
horrible!.. infame!.. maldito!..
(Las tres palabras se estinguen rápidamente.)

RAQUEL. Aunque amagues impotente
á tu vida, será en vano
cual fué el desastre inhumano
de tanto y tanto inocente..
Que en su misterio profundo
Cristo se libró de tí,
y hoy te demuestra por mí
ya la redencion del mundo.
Vas á verla...
(Se adelanta al muro y toca en él.)

HERODES. (Queriendo contenerla.) No, Raquel,
que ya mi delirio estalla.

RAQUEL. Abajo la vil muralla
y gloria al Dios de Israel!
(Toca de nuevo con la vara.)

(Al decir RAQUEL «VAS Á VERLA,» y tocar con la vara en el muro, se produce momentáneamente ese sonido metálico y vibrante del templo de los Druidas: cuando dice «DE ISRAEL,» se transforma la decoracion.

Vision fantástica: á la izquierda en primer término puerta del Paraiso, cuyo interior aparecerá magníficamente iluminado: es el momento de ser lanzados Adan y Eva por el ángel que está detrás con una espada de fuego: el grupo de nuestros primeros padres se halla envuelto en una

nube que les vela hasta cerca de los hombros: sobre la puerta un gran lema con letras brillantes en que se lea—EL PECADO.

A la derecha, primer término, El Diluvio, con el arca de Noé sobrenadando y prócsima á detenerse, y en ella el patriarca con la paloma en la mano: sobre este grupo que está enmedio de las tinieblas, otro gran letrero que diga—EL CASTIGO.

A la misma derecha y en grupos ascendentes al foro y sobre nubes flotantes en 1.º, 2.º, 3.º y 4.º término, patriarcas y reyes, los del primer término corpóreos, teniendo cada uno en su nube escrito el nombre: Abrahán, Isac, Jacob, Moises, David, Josué.

A la izquierda y en la propia forma de grupos y en los mismos términos y condiciones, profetas, si bien los primeros tendrán tambien escrito el nombre en la nube: Isaias, Daniel, Elias, Miqueas, Jeremias, Ezequiel.

En el centro y elevado sobre todos estos grupos y en una inmensa nube de cambiantes, el Niño Jesus, con un pié sobre el mundo, la cruz en la mano derecha y en ella el Agnus Dei: y en la izquierda el canastillo con todos los atributos de la Pasion: un rádio inmenso de luz envuelve esta figura, y encima con caracteres magníficos se leerá la palabra—REDENCION.

Abajo la inmensidad del mar tranquilo, del que se levantará esta masa flotante de nubes y figuras: fuera del rádio multitud de ángeles que rodean la nube del Niño: detrás un gran grupo de nubes rojas con variados rayos de luz en que se van elevando sucesivamente los Santos Inocentes.

Nubes vagarosas y fantásticas cubren la techumbre de este cuadro, por las cuales asoman multitud de ángeles con lámparas que descienden envueltas en gasas y flores: un gran foco de luces de diversos colores dá brillantéz á esta escena.

Apenas verificada la transformacion se oye en el interior una música dulce y vaga, pero tan

ténue que no confunda de modo alguno la voz de RAQUEL.)

HERODES. (Asombrado y dando pasos atrás.)
Ah!.. ah!..

RAQUEL. (Señalando cada grupo de que habla.)
De su Eden preciado
lanzados Eva y Adan
por fiero y culpable afan,
representan el pecado.
Pero siguiendo enemigo
y al mal el hombre propenso,
en aquel diluvio inmenso
le mandó Dios el castigo.
Mas de tu eterno dolor
compadecido al anuncio,
le hizo llegar el prenuncio
de un Mesias Redentor.
Y los profetas que vés
y patriarcas y reyes,
todos cantaron sus leyes
aguardándolo despues.
Nació por nuestro consuelo
y se libró de tus gentes,
al morir los inocentes
que van en nubes al cielo.
Y allí está: y manda que encorves
tu cuerpo á su poderío;
humíllate, rey impío!!
ante el señor de los orbes.
(HERODES se va dejando caer involuntariamente hasta quedar de rodillas.)
Y bendice la mision
con que su planta divina
huella el mundo, á que ilumina
la *Luz de la redencion.*

(RAQUEL cae tambien de rodillas: la música que tocaba se deja oir vigorosamente y con ella y la orquesta cantan los ángeles el siguiente coro.)

CORO DE ANGELES.

La ventura de la tierra
con el hombre
vaya en pos:
y la culpa redimida
cante siempre
«Gloria á Dios!»

(Al empezar el coro, dos nubes que salen de la tierra principian á cubrir lentamente las figuras de RAQUEL y HERODES, que están ya casi envueltos en ellas, cuando, con el fin del canto, cae muy despacio el telon.)

FIN DEL DRAMA.

CENSURAS.

Málaga 2 Diciembre de 1862.—Puede permitirse la publicacion y representacion de este Drama, que juzgo perfecto, así en la parte religiosa y moral, como en la literaria.

DR. VICENTE TUDELA,
Canónigo Lectoral.

Obispado de Málaga.—Málaga 2 Diciembre 1862. —Por lo que á nos toca concedemos licencia para que pueda imprimirse y representarse el Drama titulado HERODES, compuesto por D. Ramon Franquelo, mediante á que de nuestra órden ha sido examinado y aprobado por el Sr. Dr. D. Vicente Tudela, Canónigo Lectoral de la Santa Iglesia Catedral, segun se espresa en la anterior censura, resultando que no tiene cosa alguna contraria al Dogma Católico y sana moral.

P. A. de S. E. I.,
D. JUAN GARCIA Y GUERRA,
Gobernador.

Habiendo examinado este drama no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada. —Madrid 5 de Diciembre de 1862.

El censor de teatros,
ANTONIO FERRER DEL RIO.

Gobierno de la provincia.—Málaga.—El Ilustrísimo Sr. Subsecretario del Ministerio de la Gobernacion del Reino, con fecha 6 del actual, me dice lo que copio:

«De Real órden, comunicada por el Sr. Ministro de la Gobernacion, devuelvo á V. S., para los efectos consiguientes, la obra dramática titulada HERODES,

la cual ha sido examinada por el censor especial de teatros, con cuyo dictámen, puesto en la misma, ha tenido á bien S. M. conformarse.»

Lo que traslado á V. para su conocimiento y satisfaccion, con devolucion de la obra citada.

Dios guarde á V. muchos años. Málaga 8 Diciembre de 1862.—Antonio Guerola.—Sr. D. Ramon Franquelo.

Á LOS DIRECTORES DE ESCENA.

Faltaría á un deber principal sinó me manifestase públicamente reconocido á todos los que en el teatro del Príncipe Alfonso de Málaga han contribuido á dar á esta obra no solo importancia escénica, sino regularidad y buen acierto en su desempeño, aun luchando con los inconvenientes de la repentina enfermedad del Sr. Montesinos.

Los actores todos se han esmerado á porfía en la interpretacion de sus respectivos papeles, doblando algunos, hasta el caso de prestarse espontáneamente los mas principales á vestir de centuriones, tracios y germanos en el cuadro quinto, á fin de que tuviese mejor colorido la escena de degollacion y la siguiente en que arrebatan á Raquel su hijo: tambien han hecho las figuras de los primeros patriarcas y profetas en el sesto.—Si esta loable conducta, que estimo en mucho, es imitada en los demás teatros en que este drama se ponga en escena, es seguro que ganará mucho su desempeño.

Debo hacer mérito igualmente de la empresa que se ha prestado á las mayores ecsigencias de su importante costo; y sinó se ha hecho mas, débese á contrariedades inevitables y á la falta material de tiempo: sin embargo, HERODES, ha sido puesto en Málaga, como ninguna otra obra.

Las diez decoraciones, presentadas en la misma, han sido debidas á los pintores escenógrafos D. Manuel Montesinos, D. Antonio Bielza, D. Miguel Reyes y D. Francisco Suarez.

Todo su complicado aparato, al maquinista D. José Perez.

El estenso vestuario de mas de doscientos trajes ha sido construido por el maestro sastre D. José Blanco.

La música de los coros, himnos, bandas, recitado y pastorelas ha sido escrita por el profesor don Antonio Salgado.

Los bailes han sido puestos y ensayados por el primer bailarin D. Ambrosio Martinez, y en ellos ha tomado parte la primera bailarina D.ª Luisa Medina.

Las luces de colores han estado á cargo del profefesor pirotécnico D. José Delgado.

Si esta pequeña muestra de mi aprecio á todos basta á compensar su buena voluntad y esfuerzos, quedaré satisfecho, despues de dos meses de desvelos y trabajo incesante.

Málaga 24 de Diciembre de 1862.

DIC

ASONANTES

EDUA



Cuaderno 5.° — 2 reales

ADMINISTRACION